

KEN

FOLLETT



*El*

MISTERIO  
DE LOS ESTUDIOS  
KELLERMAN

Lectulandia

Mick Williams trabaja como repartidor de periódicos para una editorial. Una tarde su jefe, el señor Thorpe, le presenta un nuevo trabajador: se llama Izzy, y tiene su misma edad. Al principio, Izzy no le despierta mucha simpatía, porque además de desplazarse con una bici de rico, parece tener todo lo que a Mick le falta: ropa cara, juguetes y, por encima de todo, un padre. Pero pronto se harán amigos y juntos empezarán a investigar un suceso que ha conmovido a todo el barrio: el enderrocamiento del edificio Kellerman.

**Lectulandia**

Ken Follett

# **El misterio de los estudios Kellerman**

ePub r1.0

Maki 13.06.14

Título original: *The Secret of the Kellerman's Studio*

Ken Follett, 1976

Traducción: Fernando Garí Puig

Diseño de cubierta: Iacopo Bruno

Editor digital: Maki

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mis primos favoritos,  
Timothy y Rachel Dodge, con amor*



Mick Williams introdujo en el buzón el último ejemplar del diario de la tarde, subió a su bicicleta de un salto y pedaleó con fuerza de regreso a la tienda de periódicos. Siempre le gustaba esa parte del trabajo. La bolsa, tan pesada al principio de su ronda, ondeaba felizmente vacía a su espalda.

Dobló una esquina y cruzó la calle en perpendicular hacia la acera de enfrente. Una décima de segundo antes de golpear el bordillo tiró del manillar y levantó la rueda delantera. La bicicleta subió de un salto a la acera. Mick clavó el freno trasero, hizo patinar el neumático trasero y la detuvo hábilmente ante el escaparate. Era una maniobra que había aprendido tiempo atrás.

Apoyó el vehículo en la pared de la tienda y cuando abrió la puerta se fijó en un chico al que no conocía y que se hallaba de pie, con la mano en el asiento de una bici de carreras, junto al escaparate. Confió en haberlo impresionado con su forma de montar.

—Hay un muchacho nuevo fuera, Mick —dijo el señor Thorpe, que era el dueño de la librería—. ¿Querrías enseñarle el recorrido número siete?

—Claro —contestó Mick.

Cobraba una propina de setenta y cinco peniques a la semana por hacer trabajos extra como aquél. Conocía todas las rondas, de modo que cuando uno de los chicos no se presentaba al reparto, él lo sustituía. Los días en que no tenía ninguna tarea añadida, barría la tienda y después se marchaba a casa.

Dio un golpecito en la ventana e hizo un gesto al chico nuevo para que entrara.

El señor Thorpe se volvió hacia el recién llegado.

—Mick Williams te enseñará cómo funciona esto —le dijo.

Mick lo miró y calculó que sería más o menos de su misma edad, aunque el nuevo era más alto y corpulento. Tenía el cabello rubio y corto. Se fijó en que vestía una camisa Brutus.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Randall Izard —contestó el chico.

—Es un nombre curioso.

—En mi antiguo colegio me llamaban Izzie —explicó.

Mick le cogió la bolsa de los periódicos y la puso en el mostrador con el anuncio de *News of the World* hacia arriba.

—¿Sabes cómo meter los diarios?

—Supongo que sí.

—Muy bien, prueba —le dijo Mick, y se quedó observando mientras Izzie los iba metiendo de cualquier manera y se le caían. Después le preguntó—: ¿Has hecho alguna vez una ronda de reparto?

—No.

—Lo imaginaba.

Mick le mostró la manera de colocar los diarios en la bolsa y después lo ayudó a cargársela al hombro.

—Pesa mucho —dijo Izzie mientras salían de la tienda.

Mick se echó a reír.

—Pues espera al viernes. Ese día los periódicos son mucho más gordos.

—Vamos, chicos, no os entretengáis —les gritó el señor Thorpe—, si no los de Acacia 35 vendrán a quejarse una vez más de que su periódico llega tarde.

Mick contempló con admiración la bicicleta de Izzie. Era una Claude Butler con manillar de carreras y cambio Campag de cinco velocidades. Cuando Izzie subió forcejeando con la bolsa, Mick vio que apenas era lo bastante alto. Para él sería sin duda una máquina demasiado grande.

Subió a la suya y cuando empezaron a pedalear comentó:

—Lástima de tu bici.

Izzie se ruborizó un poco.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó.

—Nada, es una buena bici, pero hace más pesado el trabajo de reparto. Es mejor una como la mía.

La de Mick tenía un gran manillar en forma de cuerno de vaca y unos neumáticos anchos y con mucha huella.

—Cuando me la regalaron no pensaron que alguna vez me dedicaría a repartir periódicos con ella —murmuró el chico nuevo.

Entraron en Acacia Avenue, y Mick señaló la primera casa. A medida que iban avanzando le indicó las que deseaban que dejaran el periódico en la puerta, cuáles preferían que lo metieran por la ranura del buzón para que no se mojara en caso de lluvia y qué propietarios se enfadaban si cruzaban el césped o tomaban un atajo saltando por encima del seto.

—¿Te encargabas de esta ruta de reparto antes? —preguntó Izzie.

—Las he hecho todas en algún momento u otro —contestó Mick.

Su nuevo compañero no acababa de caerle bien. Izzie tenía voz de niño pijo, y la gente que hablaba así solía ser tirando a esnob.

Estudió la bicicleta de Izzie mientras esperaba que éste volviera de una entrega. Vio que las estrechas llantas montaban neumáticos de alta presión con dibujo de carreras y que los frenos por cable eran unos Weinmann 999. Sin duda se trataba de una máquina cara. Izzie, con su voz de niño bien y su bici último modelo, tenía que ser rico, así que Mick se preguntó qué hacía repartiendo periódicos.

Izzie salió por la verja. Su bolsa estaba casi vacía.

—¿Quién te regaló la bici? —le preguntó Mick.

—Fue un regalo de cumpleaños de mi padre —contestó Izzie—. ¿Cómo conseguiste la tuya?

—La afané —repuso Mick mientras empezaba a pedalear hacia la siguiente casa.

Unas cuantas entregas más tarde preguntó:

—¿A qué se dedica tu padre?

—Hace películas —repuso Izzie.

Mick estaba impresionado.

—¿De qué tipo? ¿De vaqueros, de James Bond y esas cosas?

—No, básicamente hace anuncios de televisión.

—Oh... —contestó Mick.

Eso resultaba mucho menos interesante.

—¿Y el tuyo? —quiso saber Izzie.

—¿Qué?

—Tu padre.

—No tengo padre —contestó Mick.

Izzie lo miró con cara de sorpresa y se dispuso a preguntar algo más, pero Mick se le adelantó.

—¿A qué colegio vas?

—Al Radley Comprehensive.

Ése era también el de Mick.

—Pues no recuerdo haberte visto por allí.

—Es que acabo de empezar —explicó Izzie—. Antes iba a un internado.

Cuando llegaron a la tienda, Mick hizo su derrape habitual mientras Izzie aparcaba con cuidado junto a la acera.

—Muy bien, chaval —le dijo el señor Thorpe a Izzie al verlo entrar—. Te quiero aquí mañana a las cuatro y cuarto.

Cuando Izzie se hubo marchado, Thorpe se volvió hacia Mick.

—¿Qué tal ha ido?

—Servirá. —Cogió un periódico de la tarde del mostrador y dejó tres peniques en



la caja registradora.

—Parece un buen chico —comentó el señor Thorpe.

Mick metió el diario en su bolsa.

—Es un poco pijo. De todas maneras, me da la impresión de que su familia está pasando un mal momento.

—¿De verdad? —dijo Thorpe con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

—Eso creo. Adiós —se despidió Mick y regresó a su casa.

Izzie volvió a casa pedaleando a toda velocidad, con la cabeza sobre el manillar y cambiando rápidamente de marchas. «Diga lo que diga Mick Williams, es una máquina estupenda —pensó—. Su viejo trasto parece salido de un taller de mala muerte y debe de pesar una tonelada».

Tenía el resto de la tarde libre. Nada de colegio hasta el día siguiente. La idea de volver al Radley Comprehensive no le gustaba nada. A pesar de que su madre insistía en que enseguida haría amigos, de momento no tenía ninguno. Deseaba poder regresar al internado, donde había formado parte del equipo de fútbol. Cambiar de colegio era una desgracia.

Para animarse pensó en lo que haría cuando llegara a casa. Seguramente sacaría sus soldados. Hacía tiempo que no organizaba una buena batalla.

Aceleró para subir el camino de acceso a su casa y se detuvo con un patinazo en la gravilla. No era tan bueno como el de Mick Williams, pero sin duda mejoraría con la práctica.

Su madre se encontraba en la cocina, sacando un trozo de carne del congelador. Hasta ese momento siempre habían tenido una chica *au pair* que ayudaba en la cocina y las demás tareas de la casa, pero eso se había acabado.

—Hola, Randall —lo saludó su madre—. ¿Qué tal ha ido el reparto de periódicos?

—Bien —contestó.

Últimamente nunca hablaba de sus problemas con su madre. Sabía que ella tenía los suyos propios y que a su padre le estaba costando encontrar trabajo a causa del declive de la industria del cine. Así pues, se guardaba sus asuntos y siempre contestaba que todo iba estupendamente.

—Voy a jugar con mis soldados —añadió.

—Muy bien, pero no te entretengas demasiado. Cenaremos a las siete y antes tienes que haberte bañado.

Izzie colgó su anorak en el ropero de la entrada y subió a su cuarto de juegos. Había decidido que montaría la batalla de Dunkerque, así que empezó dibujando en el suelo la línea de la costa francesa con una tira de esparadrapo y después colocó en posición a los soldados alemanes. Al poco rato se hallaba ya absorto en su guerra

imaginaria.

Mick entró por la puerta principal y vio que la esposa del casero asomaba la cabeza por el oscuro pasillo.

—Solo soy yo, señora Grewal —avisó.

Subió la escalera. La mujer irlandesa que vivía en el primer piso estaba preparando la cena de su marido, y el olor que llegaba al rellano hizo que Mick se sintiera hambriento. Apretó el paso y subió una planta más hasta el pequeño apartamento de dos habitaciones donde vivía con su madre. Abrió la cerradura y entró.

Se dirigió a la cocina, se arrodilló en el agrietado linóleo y cogió de la alacena una gaseosa y un paquete de galletas de avena. Luego fue a la otra habitación, encendió el televisor y se tumbó en la alfombra frente al aparato, con las galletas y el refresco a un lado y el periódico abierto delante de él.

Cuando la programación le aburría, leía un poco, picoteando aquí y allí. Primero se entretuvo con las tiras cómicas, luego pasó a la última página y leyó un artículo sobre el Tottenham Hotspur. Por último echó un vistazo a las noticias de primera plana.

El titular principal decía: «La Banda del Disfraz roba otro banco y se lleva 20 000 libras». La Banda del Disfraz le interesaba, de modo que devoró la información con avidez.

Cuatro hombres atracaron hoy un banco de West Hinchley y se llevaron un botín de 20 000 libras en metálico.

La policía trabaja con la hipótesis de que el robo fue obra de la Banda del Disfraz, que ha atracado otros cuatro bancos en el oeste de Londres durante los últimos dos meses.

Los ladrones se hicieron pasar por clientes y lograron acceder detrás del mostrador aprovechando que la puerta de seguridad se abrió para dejar entrar a un empleado que regresaba del almuerzo.

Nadie resultó herido durante el atraco que tuvo lugar en el Banco Lloyds de High Street, en West Hinchley.

La manera de operar de la banda coincide estrechamente con la de los cuatro atracos anteriores. A pesar de que las descripciones de los ladrones difieren en todos los casos, la policía cree que los miembros de la banda utilizan técnicas de maquillaje profesional para disfrazarse.

Mick admiraba a la Banda del Disfraz porque siempre burlaba a la policía gracias a su astucia y a su descarada audacia. Se preguntó dónde estarían sus miembros en ese momento y se dijo que seguramente en su escondite, contando el dinero y riéndose por el éxito conseguido.

En la televisión dieron una película sobre carreras de coches y la estuvo viendo un rato. Cuando acabó apareció una mujer que empezó a explicar cómo se hacía una muñeca Punch & Judy, de modo que Mick volvió a concentrarse en el diario. Se disponía a cerrarlo cuando un pequeño recuadro al final de la página llamó su

atención. El titular decía: «Planes para construir un hotel en unos antiguos estudios de cine».

Mick leyó: «Una empresa inmobiliaria ha solicitado los correspondientes permisos para construir un hotel de treinta pisos en el solar donde se levantan los Estudios Kellerman de Canal Street, en West Hinchley, actualmente abandonados».

Canal Street era la calle donde vivía Mick, y los viejos estudios se encontraban justo detrás de su casa. Estaban formados por un único edificio, casi tan grande como un hospital, rodeado de una verja metálica rematada con alambre de espino. Por las noches lo vigilaban guardias con perros. La empresa había echado el cierre hacía un año y en esos momentos el único movimiento era alguna que otra furgoneta que entraba y salía ocasionalmente por la verja situada a pocos metros de su casa.

Mick oyó que su madre entraba en la cocina y lo llamaba:

—¿Estás en casa, Mickey?

—Sí —contestó.

La mujer entró en la habitación, se dejó caer pesadamente en el viejo sillón, se desabrochó el abrigo y encendió un cigarrillo. Mick cerró el periódico.

—No sé cómo puedes leer el diario y ver la televisión al mismo tiempo —le dijo su madre.

—Aquí pone que van a construir un hotel detrás de nuestra casa —contestó Mick haciendo caso omiso del comentario—. Van a derribar los viejos estudios.

—¿Qué te apetece para merendar?

—Un sándwich de beicon.

Su madre dejó el abrigo encima de la cama del rincón y fue a la cocina. Mick la siguió y la observó encender el hornillo y sacar un trozo de beicon de la fresquera.

—Imagino que ahora a nadie le gustará tener estas viejas casas delante del nuevo y flamante hotel —comentó Mick.

—Para empezar, no sé por qué quieren construir un hotel aquí —le contestó su madre—. ¿Quién querría venir a pasar unos días de vacaciones en Canal Street?

Mick sacó dos platos y cubiertos mientras lo pensaba un momento.

—Supongo que con la nueva carretera que pasa cerca, un hotel le vendrá bien al aeropuerto.

Su madre no contestó. Echó con gesto desganado un par de lonchas de beicon en la sartén y enchufó el hervidor para hacer té.

—De todos modos —siguió diciendo Mick—, todas estas casas viejas serán una molestia para un hotel nuevo.

—Eres mayor de lo que pareces. —Su madre suspiró—. Siempre me olvido de que casi ya eres un hombre. Anda, siéntate a la mesa.

Mick la observó con curiosidad. Nada de lo que ella le decía parecía tener sentido, así que esperó a que se lo explicara.

Su madre preparó los dos sándwiches, puso bruscamente los platos en el mantel de plástico y se sentó frente a él.

Mick echó un poco de salsa de carne en el suyo y le dio un buen bocado. La piel tostada del beicon crujió entre sus dientes.

—Van a derribar todas estas casas —explicó su madre—. Han comprado los terrenos del señor Grewal.

—¡No pueden derribarlas con gente dentro! —exclamó Mick con la boca llena de pan y beicon.

—Tendremos que mudarnos, Mickey —contestó su madre—. Ya hemos recibido la notificación de desahucio.

—Ah, ¿sí?

Mick no le dio demasiada importancia, pero su madre parecía muy disgustada.

—Vamos a tener que buscar un nuevo apartamento —anunció. Le alargó su plato y añadió—: Tómate mi sándwich, no me apetece.

Se levantó para hacer té.

—Tú no lo entiendes —prosiguió—, pero no resulta tan fácil encontrar un piso barato como éste. —Se sirvió una taza de té, volvió a la mesa y encendió otro cigarrillo—. ¿No te acuerdas de la última vez, dando vueltas por todo Londres, con los caseros que decían que el piso no estaba disponible cuando veían que iba contigo, con las agencias que se reían en nuestra cara cada vez que les explicaba lo que buscábamos?

Tomó un sorbo de té y dio una calada al cigarrillo.

—Francamente, no me siento capaz de pasar otra vez por todo eso —dijo antes de levantarse y dirigirse a la otra habitación.

Mick dejó su sándwich. Nunca había visto a su madre tan abatida. La había visto enfadarse y discutir con la gente; la había visto llorar en alguna película romántica de televisión; incluso la había visto borracha. Sin embargo, aquella tristeza impotente era nueva para él y le provocaba un nudo en el estómago.

Se levantó, se acercó a la otra habitación y se apoyó en el marco de la puerta. Su madre estaba sentada en el sillón, con la mirada fija en el póster de Mallorca que colgaba en la pared de enfrente. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Todos los vecinos de Canal Street están en la misma situación —dijo Mick.

—Sí, pero las otras mujeres tienen maridos —contestó ella—. La cosa cambia cuando hay un hombre.

—Me tienes a mí.

Su madre le sonrió a través de las lágrimas.

—Sí, te tengo a ti.

—Tú crees que no puedo hacer nada, ¿verdad?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—No, hijo, no creo que puedas hacer nada.

Mick notó que se enfadaba.

—¡Pues ya verás cómo sí! —exclamó antes de salir.



Al día siguiente Izzie vio a Mick en el colegio, pero no hablaron hasta después de comer. Se organizó un partido de fútbol en el patio, e Izzie preguntó si le dejarían jugar.

Lo destinaron al mismo equipo que Mick y ambos acabaron de delanteros. Izzie tardó un poco en acostumbrarse a jugar con una pelota de tenis.

Se hallaban en mitad del campo cuando un despeje de portería salió volando hacia un ala. Izzie corrió para atraparlo y cuando lo tuvo controlado miró en derredor y vio que Mick había subido por el lado derecho.

Dos defensas corrieron hacia Izzie, pero éste elevó la pelota por encima de ellos y la dejó a los pies de Mick, que la paró con la punta de la bota, chutó a la media vuelta y marcó el primer tanto.

A partir de ahí jugaron coordinadamente y crearon oportunidades para ambos. Mick era bueno abriendo huecos, y los pases de Izzie eran impecables, de modo que marcaron tres goles más.

Cuando sonó el timbre anunciando el fin del recreo, los chicos se amontonaron para entrar en clase. Mick aprovechó para rodear los hombros de Izzie con el brazo, volverse hacia sus compañeros y exclamar:

—¿Habéis visto lo bien que lo ha hecho?

Izzie estaba radiante de satisfacción.

Aquella tarde Mick acabó su ronda y volvió a la tienda. Vio que habían salido todos los repartidores, de modo que cogió la escoba y empezó a barrer. Seguía en ello cuando Izzie regresó de su recorrido.

—Es posible que tenga que dejar el trabajo, señor Thorpe —comentó Mick.

El librero alzó la vista de sus ejemplares y se quitó las gafas.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Creo que voy a tener que mudarme. Van a derribar nuestra casa para construir un hotel, así que tendremos que buscar otro sitio donde vivir.

—Lamento oír eso —dijo el señor Thorpe—. ¿No podéis encontrar algo por aquí cerca?

—Mi madre dice que solo encontrar algo ya será complicado de por sí.

—Supongo que tiene razón —convino el librero—. Lamentaré perderte de vista. De todas maneras, me pregunto para qué quieren construir un hotel en este barrio.

—Lo van a construir en el solar de los antiguos Estudios Kellerman.

—Ya entiendo.

El señor Thorpe se puso nuevamente las gafas y volvió a sus libros. Mick acabó de barrer, expulsó el polvo por la puerta principal y dejó la escoba en el cuarto de atrás.

—Mi padre solía trabajar en los Estudios Kellerman —le comentó Izzie—. ¿Nunca has estado allí?

—No se puede entrar —repuso Mick.

—No, pero yo conozco la manera —aseguró Izzie.

El señor Thorpe levantó la vista de sus libros.

—A ver, chicos —les dijo—, si estáis planeando alguna travesura será mejor que lo hagáis fuera de la tienda. No quiero saber nada.

Los chicos salieron y fueron junto a sus bicicletas.

—¿Cómo se puede entrar en los estudios? —preguntó Mick, picado por la curiosidad.

—Hay que cruzar el canal y meterse por una tubería de desagüe —contestó Izzie—. Si quieres, te lo puedo enseñar.

—¡Vale! —exclamó Mick animadamente—. ¿Cuándo quedamos? ¿Mañana?

—Estupendo. Te pasaré a buscar. ¿Dónde vives?

—En el número 17 de Canal Street.

—Mañana es sábado. Pasaré por la mañana. Será mejor que llevemos ropa vieja, por si nos ensuciamos.

Subieron a sus bicicletas y partieron cada uno en su respectiva dirección.

Mick estaba sentado en los escalones de la entrada, atándose los cordones de sus botas de béisbol, cuando llegó Izzie. Alzó los ojos, entrecerrándolos por el sol, y lo saludó.

—Hola.

Izzie vestía vaqueros y un jersey con un agujero en la manga.

Mick se levantó y bajó los peldaños.

—¿Dónde puedo dejar mi bici? —preguntó Izzie—. ¿Hay patio de atrás?

—Sí, pero es del casero —repuso Mick—. Déjala ahí abajo si quieres.

Señaló unos peldaños que bajaban desde la acera hasta la puerta del sótano. Al final había un pequeño rellano donde se guardaban los cubos de basura. Izzie sacó

una cadena y un candado del bolsillo, ató la rueda delantera al chasis para inmovilizarla y bajó la bicicleta.

—¿Te echo una mano? —preguntó Mick.

—No, gracias. La verdad es que pesa muy poco —contestó Izzie. Dejó el vehículo apoyado contra la pared y volvió a subir arrugando la nariz—. Ahí abajo apesta —añadió.

Caminaron calle abajo y pasaron por delante del solar que interrumpía la hilera de casas pareadas, donde se hallaba la entrada de los estudios. Estaba rodeado por una verja de tela metálica rematada con alambre de espino. Al otro lado, un camino repleto de baches y socavones pasaba ante un cobertizo y llegaba hasta la entrada principal de los estudios. El cobertizo lo utilizaban los guardias nocturnos que vigilaban el edificio.

Las casas acababan cincuenta metros más allá. Los chicos llegaron al puente que cruzaba el canal, se apoyaron en el pretil y miraron hacia abajo. Era verano, y el canal se hallaba casi seco. Un pequeño reguero de agua corría lentamente por un estrecho cauce entre el barro.

—Me pregunto por qué se seca en verano —comentó Mick.

—El canal se alimenta de un arroyo por un extremo y por el otro desemboca en el Támesis. Cuando no llueve, la riera se seca.

El fondo del canal estaba lleno de basura. Mick vio un viejo somier, la puerta de un coche, varias botellas y un montón de trastos inidentificables, todos del mismo color grisáceo del barro.

A su izquierda, junto a la última casa de Canal Street, había un muro alto, pero el otro lado del canal tenía un dique bajo. Izzie se lo señaló.

—Tenemos que ir hasta allí —dijo.

Cuando llegaron, Mick sopesó el problema. Exactamente donde terminaba el pretil del puente empezaba una verja de alambre que llegaba hasta la acera.

Subió al antepecho, se puso en pie y desde allí saltó a la verja. Pasó al otro lado y fue descendiendo metiendo la punta de las botas en los agujeros de la malla. Bajó todo lo que pudo y entonces saltó. Desde el final de la verja hasta el dique había una caída de menos de un metro. Mick aterrizó sin problemas y se volvió hacia Izzie.

—Es pan comido —le dijo.

Al cabo de un momento, Izzie se reunió con él en el dique y empezaron a caminar por el canal abriéndose paso entre las cañas y evitando las matas de ortigas.

—Apuesto a que esto está lleno de ratas —comentó Mick.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Izzie en tono poco convencido.

—Porque siempre hay cerca del agua.

Al poco rato vieron que toda la anchura del dique estaba ocupada por un viejo automóvil oxidado al que le faltaban las puertas y las ruedas.



—Me pregunto cómo puede haber llegado hasta aquí —comentó Izzie.

Junto al canal corría una vía de tren tras la cual se veía una fábrica. Parecía imposible que alguien hubiera podido dejar aquel coche allí. Saltaron por encima del vehículo y siguieron caminando. El dique trazaba una ligera curva. No tardaron en quedar fuera de la vista del puente y en acercarse a la parte de atrás de los estudios. Izzie se detuvo y señaló hacia la orilla contraria.

—Allí está.

Mick siguió la dirección de su dedo y vio una gran tubería que sobresalía del otro lado del dique. Enseguida comprendió que en invierno quedaba oculta bajo el agua.

—Esa tubería conduce directamente al interior de los Estudios Kellerman —dijo Izzie.

Mick miró en derredor hasta que encontró entre las hierbas una vieja tabla de andamiaje. Un montón de insectos huyeron de debajo en todas direcciones cuando la levantó.

—Esto nos ayudará a cruzar al otro lado.

Se situó al borde del dique sosteniendo la plancha de pie frente a él, luego se desplazó hasta quedar justo delante de la tubería y entonces la dejó caer.

La madera hizo un ruido viscoso cuando golpeó el fango del canal.

—¡Buena idea! —exclamó Izzie.

Ya podían cruzar sin mancharse los pies de barro.

Izzie metió la mano bajo el jersey y sacó una linterna-lápiz del bolsillo de su camiseta.

—Será mejor que vaya delante —dijo.

Se puso la linterna entre los dientes y bajó con cuidado hasta alcanzar la tabla. La madera se hundió ligeramente cuando cruzó con cuidado. Al llegar al otro lado encendió la linterna, volvió a sujetarla con los dientes y metió la cabeza y los hombros en la boca de la tubería. Mick vio que ésta era lo bastante grande para que Izzie cupiera por ella, pero no lo suficiente para que pudiera hacerlo un adulto.

—¡Vamos! —le gritó Izzie por encima del hombro.

Mick bajó hasta la plancha y siguió los pasos de su amigo.

Metió la cabeza en el interior de la tubería y gateó tras Izzie. Olía a moho, pero estaba casi del todo seca. Obviamente, hacía mucho que no la habían utilizado.

La luz que entraba por la boca se fue apagando a medida que avanzaban. Pronto solo contaron con la linterna de Izzie para que les iluminara el camino.

El aire se hizo más fresco, y Mick notó humedad bajo las manos. De repente se acordó de lo que había dicho a Izzie acerca de las ratas y se asustó un poco. Sabía que las ratas eran capaces de atacar si se veían acorraladas.

Empezaron a subir por una ligera pendiente. Al cabo de un momento, Izzie iluminó hacia arriba.

—Aquí es —anunció.

Mick miró por encima del hombro de su amigo. El haz mostraba la boca de un túnel vertical.

—Hay una trampilla al final del conducto, así que tendré que subirme sobre tus hombros —explicó mientras se levantaba y la mitad de su cuerpo desaparecía en el tubo.

Mick se arrastró hasta situarse entre las piernas de su amigo y se puso de rodillas. Luego guió los pies de Izzie hasta colocarlos en sus hombros y se levantó haciendo un esfuerzo. Miró hacia arriba.

Izzie estaba palpando una tapa redonda de hierro. Una boca de registro, supuso Mick.

—Prepárate para aguantar el peso —lo avisó Izzie.

Apoyó las manos contra la tapa y empujó con fuerza. Mick se sujetó a las paredes del tubo. De repente notó que la presión disminuía.

—¡Ya está! —exclamó animadamente Izzie mientras saltaba de los hombros de Mick y salía por la boca de registro. Dio media vuelta y metió la mano en el agujero—. ¡Cógete y te ayudaré a subir!

Mick agarró su mano. Apoyó los pies contra un lado del túnel y la espalda contra el otro y fue ascendiendo de ese modo hasta que alcanzó el borde del agujero y pudo izarse fuera.

Los dos amigos se quedaron de pie en la oscuridad mientras Izzie recorría las paredes con el haz de su linterna. Se hallaban en una especie de cuarto-almacén con taquillas a ambos lados.

—Imagino que inicialmente esta tapa de registro debía de estar en el exterior y que después construyeron esto como parte de una ampliación del edificio original —comentó Izzie.

Iluminó una puerta, se acercó y la abrió. Los chicos se internaron por un pasillo. Todo estaba cubierto de una gruesa capa de polvo y había telarañas en las esquinas.

—Este corredor da la vuelta por todo el edificio —explicó Izzie, que hablaba entre susurros aunque no hubiera razón para ello—. Las oficinas están por fuera, y los estudios están por dentro, así que no tienen ventanas.

Cruzó el pasillo e iluminó el dintel de una puerta con la linterna. En un cartel se leía: «Estudio B. Prohibido el acceso cuando está encendida la luz roja». Abrió y entró. Mick lo siguió sin vacilar.

Izzie buscó a tientas el interruptor de la luz y lo pulsó. De repente, Mick se encontró en pleno Salvaje Oeste.

Justo delante de él tenía un par de puertas batientes con un cartel que anunciaba «Saloon». Tras ellas había una larga barra con una botella y varios vasos. El suelo parecía de madera, pero Mick se dio cuenta de que solo era linóleo pintado para que

lo simulara. Media docena de mesas y sillas de aspecto desvencijado ocupaban el rincón más alejado de la cantina.

—¡Esto es fantástico! —exclamó.

Empujó las puertas contoneándose igual que un vaquero del Oeste, se acercó a la barra y dio un puñetazo—. ¡*Whisky!* —pidió con su mejor acento texano.

—No está mal, ¿verdad? —preguntó Izzie.

Se dirigió al fondo de la sala. Donde debería haber estado la pared trasera de la cantina había una hilera de modernos armarios. Abrió uno de ellos y sacó un sombrero Stetson.

Se lo puso en la cabeza y se ajustó la cinta. Era demasiado grande para él, pero se lo echó hacia atrás y consiguió que se le aguantara en la cabeza.

Mick abrió otro armario y dejó escapar un largo silbido.

—¡Pistolas! —exclamó.

Cogió una y le pareció sorprendentemente grande y pesada. Estaba ligeramente grasienta. Encontró una cartuchera y se la ciñó a la cintura. Izzie hizo lo mismo.

Fueron a mirarse en el gran espejo que colgaba de la pared. Los dos se habían disfrazado con sombreros del Oeste, cartucheras y pistola. Buscaron un poco más en los armarios y encontraron botas y espuelas.

Mick se sentó en una de las sillas de la cantina, se columpió hacia atrás, puso los pies encima de la mesa y cerró un ojo.

—Me llamo Dick el Tuerto —masculló con voz truculenta—, y será mejor que nadie me moleste si desea seguir con vida, ¿ha quedado claro?

Izzie salió de la cantina y volvió a entrar empujando las puertas batientes con aire chulesco.

—Eh, muchacho —le dijo a un imaginario mozo—, ocúpate de mi caballo.

Fue hasta la barra y fingió servirse de la botella.

—Hola, tabernero. Soy forastero y estoy buscando a un fulano cuyo nombre es Dick Bartlett pero que se hace llamar Dick el Tuerto. Cuando lo vea me lo cargaré con mi viejo Colt. ¿Lo ha visto por aquí?

Mick se bajó el ala del sombrero.

—¿Está hablando conmigo, señor? —gruñó.

Izzie se dio la vuelta muy despacio.

—Desenfunda, Tuerto —dijo.

Mick empujó la silla y se levantó de un salto. Izzie echó mano de su pistola, pero Mick desenfundó antes y disparó. Se oyó una terrible detonación, y la botella que había en la barra saltó hecha pedazos. Izzie dejó escapar un grito de terror.

Los dos chicos se miraron el uno al otro. Mick se había puesto muy pálido.

—No pensé que estuviera cargada con balas de verdad —dijo.

—¡Ostras! —exclamó Izzie mientras miraba los trozos de cristal roto que había

en el suelo y el líquido amarillo que corría por la barra—. ¡Ostras! —repitió.

Entonces, en el silencio que se hizo tras el disparo, oyeron un ruido.

—¡Escucha! —dijo Izzie.

—¡Chissst! —bufó Mick.

El ruido se hizo más fuerte. Era un camión que se acercaba a los estudios por el camino de acceso.

—¡Rápido! —exclamó Mick.

Se quitaron a toda prisa las ropas de vaquero y las botas, se calzaron sus zapatos y dejaron en el suelo los sombreros, las cartucheras y las pistolas. Les pareció que tardaban una eternidad.

Corrieron hacia la puerta. Izzie apagó las luces y abrió. El pasillo estaba oscuro como boca de lobo.

Se disponían a salir cuando vieron una luz al final del corredor, a la derecha. Oscilaba como si proviniera de la linterna que alguien sostenía. Se quedaron petrificados.

Entonces apareció otra luz y oyeron una voz. Aquello bastó para sacarlos de su ensimismamiento. Izzie cerró sin hacer ruido.

Volvieron al Estudio B y contuvieron la respiración a medida que las voces se acercaban.

—¿Qué hacemos si entran? —preguntó Mick.

—Entregarnos —contestó Izzie con un hilo de voz.

—¡No podemos...!

—¡Chist!

Los pasos se acercaron a la puerta y una voz dijo:

—... Me pareció que aquel viejo chocho pensaba intentarlo, así que...

Los pasos se desvanecieron cuando los desconocidos pasaron de largo y siguieron caminando.

Mick dejó escapar un largo suspiro. De repente se encendió una luz, e Izzie dio un respingo. Mick alzó la vista. La claridad provenía del estudio contiguo. Entre uno y otro solo había un tabique que no llegaba hasta el techo. Los desconocidos habían entrado en el estudio de al lado y encendido las luces.

Izzie volvió a abrir la puerta que daba al corredor. De repente, la puerta del estudio que comunicaba con el contiguo se abrió y la claridad entró a raudales.

—Es posible que lo haya dejado aquí —dijo alguien.

Izzie y Mick salieron a toda prisa, cruzaron el pasillo y entraron en el cuarto-almacén. Izzie iluminó el suelo con la linterna hasta que localizó la tapa de registro. Se metió por ella y se dejó caer en el aliviadero. Mick lo siguió.

Corrieron a cuatro patas por la tubería, arañándose las manos y las rodillas con las prisas. Enseguida vieron luz al final del túnel. Izzie cayó de la boca de la tubería

directamente al fango del canal, y Mick aterrizó encima de él.

La plancha se había hundido bajo la superficie, de modo que cruzaron entre el barro como pudieron y treparon al dique de la otra orilla.

Cuando por fin se sentaron, sin aliento pero a salvo, se miraron el uno al otro. Estaban cubiertos de barro de la cabeza a los pies, pero el alivio que experimentaban era tan grande que estallaron en carcajadas.



Afortunadamente, la madre de Mick había salido cuando éste entró en casa. Se quitó la camisa y el pantalón sucio de barro y los lavó en el fregadero de la cocina. Luego los extendió en el suelo, frente a la chimenea eléctrica, para que se secaran.

Se limpió el barro de su largo cabello castaño en el cuarto de baño del final del pasillo que compartían con el matrimonio irlandés. No tenía monedas para el calentador, de modo que utilizó agua fría.

Se sentó delante del fuego y esperó a que su ropa y su pelo se secaran. Podría haberse puesto su otro pantalón, pero se suponía que debía conservarlo para mejor ocasión, hasta que gastara el primero. Pensó que aquello seguramente no sería un problema para Izzie porque sin duda tenía un montón de pantalones. Él, en cambio, solo contaba con dos.

No tardó en cansarse de esperar, así que palpó la ropa. No estaba completamente seca, pero le serviría. Se vistió de nuevo y bajó a sentarse en los escalones de la entrada. El sol acabaría con los restos de humedad.

Observó a unos niños que jugaban al críquet en la calle. Habían dibujado unos palos con tiza en la pared y no dejaban de discutir sobre si la pelota los golpeaba o no.

Un poco más abajo vio que un sucio Ford Escort aparcaba junto a la acera y que de él se apeaban dos hombres. Los contempló con curiosidad. No parecían del barrio. Uno de ellos era joven y vestía un traje elegante; el otro, más mayor, se tocaba con un sombrero y llevaba una cámara fotográfica. Permanecieron junto al vehículo varios minutos. En esto apareció la señora Briggs cargada con dos bolsas de la compra. La señora Briggs vivía en la casa que había junto a la entrada de los estudios. Los dos hombres se le acercaron.

Mick bajó los peldaños, caminó hacia ellos haciéndose el despistado y se apoyó en una farola. Desde allí podía escuchar la conversación.

—Somos del *Hinchley News* —explicaba el joven a la señora Briggs—. Me llamo

Nigel Parsons, y él es nuestro fotógrafo, el señor Cotton.

La mujer dejó las bolsas en el suelo y los miró con aire suspicaz.

—Ah, ¿sí?

Parsons prosiguió:

—Hemos venido a ver qué opina la gente de Canal Street acerca del proyecto que hay para construir un hotel en el viejo solar de los Estudios Kellerman.

—¡Es un escándalo! —bramó la señora Briggs.

—¿Por qué lo dice? —preguntó el reportero.

En ese momento la anciana señora Arkwright abrió la puerta e hizo como si sacudiera la escoba, cuando en realidad solo pretendía enterarse de qué iba la conversación.

—Venga un momento, señora Arkwright —llamó la señora Briggs—. Estos señores son de la prensa y preguntan por los Estudios Kellerman.

—¡No me diga! —exclamó la vecina con voz ansiosa, y bajó los escalones hacia donde estaban los demás—. Óigame bien, joven —dijo blandiendo su dedo ante el reportero—, sepa usted que nos han entregado una orden de desahucio, ¡a todos los vecinos de la calle!

La señora Briggs la interrumpió.

—Verán —dijo, dirigiéndose a los reporteros—, los estudios son los dueños de la mayoría de las casas de por aquí. Había un par de propietarios particulares, pero han vendido sus fincas a los promotores que piensan construir el hotel.

Al oír aquello, Mick volvió a sus peldaños. Se había olvidado por completo de los planes para derribar las casas del barrio y de la promesa que había hecho a su madre acerca de que iba a hacer algo para remediarlo.

Siguió observando a la gente del *Hinchley News*. Se había formado un corro de curiosos a su alrededor, y Parsons anotaba en una libreta lo que le decían las mujeres.

«¿Qué puedo hacer?», se preguntó Mick. El fotógrafo había empezado a tomar fotos de la señora Briggs y la señora Arkwright mientras hablaban con su compañero, pero Mick no creía que publicarlas en el diario fuera a ser de alguna utilidad. ¿Qué podía serlo?

Se dijo que Al Capone habría enviado un puñado de matones, pero no le pareció buena idea. Entonces se preguntó quién sería la persona que había comprado los estudios y las casas. Era posible que tuviera un punto débil, como el talón de Aquiles.

Quizá podría intentar averiguar algo sobre él, pensó. Al menos, sería un comienzo. Se levantó y se acercó a la multitud.

—He estado quejándome desde que cerraron los estudios —decía la señora Briggs—. Hay un camión que entra y sale por ese camino haciendo sonar la bocina; en algunas ocasiones, en plena noche. He anotado todas las veces que ha pasado, junto con la fecha y la hora. Si quiere puedo...

—Perdóneme, señor Parsons —dijo Mick en voz alta.

El reportero se volvió. Parecía aliviado por la interrupción.

—¿Qué hay, muchacho?

—¿Sabe usted quién ha comprado todo esto? —preguntó Mick.

—Sí. Es una empresa llamada Hinchley Developments.

—Gracias.

Mick se alejó de nuevo. Aquello no le servía de gran cosa. Vio que su madre bajaba por la calle con la compra y entró para cenar.

El domingo por la mañana, Izzie fue con su padre en coche hasta Canal Street. Allí le indicó la casa de Mick, y el señor Izard aparcó enfrente.

La puerta principal estaba abierta, así que entraron. Una mujer india se asomó desde el fondo del vestíbulo.

—¿Sí?

—Busco a la señora Williams.

—Es el último piso —contestó la mujer, y desapareció.

Izzie y su padre subieron por la escalera. En el rellano del último piso solo había una puerta de contrachapado pintada de color marrón.

—Supongo que será aquí —dijo el señor Izard.

Llamó con los nudillos. Al cabo de un momento una mujer envuelta en una vieja bata rosa acudió a abrir. Izzie pensó que parecía mucho más joven que su madre. Iba despeinada y no llevaba medias, pero sin duda estaría de buen ver si se arreglaba un poco.

—¿Es la señora Williams? —preguntó el señor Izard.

—Sí.

La madre de Mick parecía confundida. Entonces miró a Izzie y lo reconoció.

—Tú debes de ser el nuevo amigo de mi hijo. Izzie, ¿no?

—Así es como me llaman —respondió éste.

—Bueno, será mejor que entren —dijo la señora Williams—. Me temo que la casa no está muy ordenada —se disculpó mientras los hacía pasar por la cocina—. El domingo es el día que aprovecho para dormir hasta tarde.

—Espero que no hayamos interrumpido su descanso —respondió el señor Izard.

Mick estaba tendido en el suelo, viendo una película de Tarzán en el televisor.

—¡Hola, Izzie! —exclamó sorprendido.

Izzie miró a su alrededor, extrañado. No sabía si aquella estancia era el salón o el dormitorio. Entonces comprendió que era ambas cosas a la vez.

Se sentaron todos, y el señor Izard empezó:

—Randall me ha dicho que le han enviado una comunicación de desahucio por lo del hotel que van a construir.



—Así es —contestó la madre de Mick.

—Verá, yo también estoy interesado en evitar que construyan ese hotel. Nosotros somos un grupo de profesionales del mundo del cine y estamos intentando reflotar los Estudios Kellerman. Hemos puesto en marcha varias iniciativas, pero todavía nos falta reunir un montón de dinero. Si la empresa promotora del hotel consigue los permisos de construcción, el precio de los terrenos subirá como la espuma y nunca podremos hacer una oferta.

—¿Hay alguna forma de evitarlo? —preguntó la madre de Mick.

—Sí. El ayuntamiento tiene que conceder la licencia de obras, así que podríamos intentar convencerlo para que la denegara. Si los vecinos del barrio se unieran a nosotros quizá podríamos conseguirlo.

La madre de Mick encendió un cigarrillo.

—La experiencia me dice que el dinero tiene más fuerza que las personas en asuntos como éste.

—Puede que esté en lo cierto —repuso el señor Izard—, pero creo que vale la pena intentarlo. Me preguntaba si estaría usted dispuesta a encabezar un comité de barrio o a coordinar una petición de los vecinos. Después podría reunirse con los representantes municipales y pedirles que se opongan al plan.

La señora Williams exhaló una nube de humo.

—No tengo ninguna experiencia en esa clase de cosas —contestó—, pero puedo ver si hay alguien dispuesto a firmar una petición. Supongo que vale la pena intentarlo, siempre que no cueste dinero, claro.

—Estupendo —dijo el señor Izard—. Estoy seguro de que verá como sus vecinos se unirán si encuentran a alguien que toma la iniciativa. —Se levantó—. Si hay algo que pueda hacer para ayudarla, no dude en decírmelo.

—¿Les apetece una taza de té? —preguntó la señora Williams.

—Es usted muy amable, pero tenemos que volver a casa.

La señora Williams los acompañó a la puerta.

—¡Nos vemos mañana! —se despidió Mick.

—¡Claro! —respondió Izzie.

Cuando subió al coche con su padre le comentó:

—La madre de Mick es una mujer agradable.

—Sí —repuso el padre en voz baja—, ¡pero en menudo antro viven!

—Entonces ¿por qué quieren quedarse?

Su padre lo miró.

—Porque es su casa, Randall.

Mick pasó todo el lunes intentando que se le ocurriera algo que hacer con respecto al proyecto de construcción del hotel. Su profesora lo acusó de soñar despierto, pero él

no le hizo caso. Tenía en la cabeza asuntos más importantes que las plantaciones de café de Kenia.

Desde luego, no creía que los planes del señor Izard pudieran servir de algo. Estaba convencido de que las recogidas de firmas y los comités eran de tanta utilidad como las fotos del periódico local.

Sin embargo, cuando le llegó la hora de barrer la librería, al final del día, aún no se le había ocurrido nada. Izzie lo esperó de pie mientras acababa.

—Tu padre lleva el pelo muy largo para ser una persona mayor —le comentó Mick.

—Mucha gente del mundo del cine lleva el pelo largo —explicó Izzie.

—¿Por qué?

—Ni idea.

—Espabila, Mickey —dijo el señor Thorpe—. Hoy quiero cerrar puntualmente porque tengo que hablar en la Cámara de Comercio.

—¿Qué es eso? —quiso saber Mick.

—Es una reunión de los empresarios de la ciudad que se celebra regularmente.

Mick se quedó mirando al señor Thorpe un momento. Acababa de tener una idea.

—Vamos, termina ya —le dijo el tendero.

Mick sacó el polvo por la puerta principal, guardó la escoba y salió de la tienda con Izzie.

—¿Tienes teléfono en tu casa? —le preguntó.

—Sí.

—Escucha, he pensado algo. ¿Tu madre me dejaría hacer una llamada?

—No hace falta que se entere. Puedes telefonar desde el piso de arriba.

—¡Estupendo!

Subieron a sus bicicletas y pedalearon con fuerza en dirección a la casa de Izzie.

Por el camino se detuvieron en una cabina telefónica. Mick entró, buscó en el listín el número de Hinchley Developments y lo memorizó.

Cuando llegaron a casa de Izzie, su madre estaba en el salón. Izzie hizo pasar a su amigo y lo presentó. La señora Izard estrechó la mano de Mick.

—Vamos a jugar con el tren —anunció Izzie.

—Muy bien —respondió su madre.

Los chicos subieron al cuarto de juegos.

Izzie miró el reloj.

—Puedes llamar cuando sean las seis menos cuarto —le explicó—. Mi madre siempre ve las noticias de televisión a esa hora. Así puedes estar seguro de que no subirá.

Jugaron con el tren eléctrico de Izzie un buen rato. Era uno de los grandes y estaba montado sobre un tablero. Tenía tres convoyes, estaciones, túneles, cruces de

vías y apartaderos. A Mick le pareció tan fascinante que casi lamentó que su amigo le avisara de que había llegado el momento.

—Es la hora.

Entraron en el dormitorio de los padres de Izzie, y Mick marcó el número que había memorizado. El teléfono sonó durante un rato.

—Es posible que a esta hora se hayan marchado a casa —comentó Izzie.

Entonces contestó una voz:

—Ha llamado usted a Hinchley Developments. ¿En qué puedo ayudarle?

—Lamento molestarla —dijo Mick con su tono más formal—. Estoy haciendo un trabajo para el colegio sobre la Cámara de Comercio de Hinchley. ¿Podría decirme cómo se llama el director de la empresa?

—Desde luego —contestó la mujer al otro lado de la línea—. Se trata del señor Norton Wheeler, un destacado hombre de negocios de Hinchley. Estoy segura de que querrá mencionarlo en su trabajo.

—Norton Wheeler —repitió Mick—. Muy bien. Muchísimas gracias, señorita.

—Ha sido un placer. Vuelva a llamar si tiene alguna otra pregunta.

Mick se despidió y colgó.

—¡Fantástico! —exclamó Izzie—. ¡Has sido de lo más astuto!

—Bien, ahora ya sabemos quién es la persona que tiene intención de derribar nuestra casa —respondió Mick, orgulloso de sí mismo—. El siguiente paso es averiguar todo lo que podamos sobre él.

Cuando volvieron al cuarto de juegos, Izzie preguntó:

—¿Y eso cómo lo vamos a hacer?

Mick se puso pensativo.

—No lo sé —repuso—. Voy a tener que meditarlo.

Su optimismo empezaba a desvanecerse. Cogió un vagón de mercancías y le dio vueltas entre los dedos.

—Yo sé lo que haría un espía de verdad —declaró Izzie.

—¿Qué?

—Organizar una vigilancia alrededor de su casa.

Mick sopesó la idea.

—Eso es mejor que nada —dijo al fin—. Es posible que descubramos algunas pistas. De todas maneras, lo primero es averiguar dónde vive.

—Lo podemos mirar en el listín telefónico —propuso Izzie.

—Buena idea. ¿Qué te parece si volvemos a la cabina de teléfono? Así tu madre no sospechará nada.

Desconectaron el tren eléctrico y salieron de casa. Mientras pedaleaban por la calle, Izzie comentó:

—De todas maneras, puede que su nombre no figure en el listín.

—¿Por qué no iba a figurar si tiene teléfono?

—Para evitar que lo llamen los desconocidos.

—Pues en ese caso es mejor no tener teléfono —contestó Mick.

Realmente, algunas de las cosas que hacían los adultos carecían de sentido, se dijo Mick.

Se detuvieron junto a la cabina, bajaron de sus bicis y entraron.

«Será mejor que esté aquí dentro, señor Wheeler», dijo para sus adentros Mick cuando abrió el listín.

Había muchos Wheeler. Mick resiguió la lista con el dedo, pero no encontró ningún Norton.

—¡Maldición! —exclamó, contrariado.

—Un momento, todavía no hemos sido vencidos —dijo Izzie—. ¿Cuántos «N. Wheeler» hay?

Mick los contó.

—Seis.

—Vale. ¿Y cuántos en Hinchley?

Mick comprobó las direcciones mientras Izzie miraba por encima de su hombro.

—¡Ahí está! —gritó éste.

La dirección ponía: «N. Wheeler, R. C. M., 49 Clifton Drive».

—¿Qué quiere decir eso de «R. C. M.»? —preguntó Mick.

—Espera un minuto —contestó Izzie con expresión pensativa—. ¡Ya lo tengo! ¡Son las siglas del Real Colegio de Médicos! —anunció triunfalmente, pero su entusiasmo se desvaneció en el acto—. Vaya, eso significa que es médico.

—Entonces no es el Norton Wheeler que estamos buscando —dijo Mick—. ¿No hay otro Wheeler en Hinchley?

Volvieron a mirar. El último abonado con la letra «N» correspondía al número 3 de King Edward Avenue.

—Supongo que será él —dijo Izzie.

—¿Cómo podemos asegurarnos? —preguntó Mick.

Izzie pensó unos segundos.

—Podrías llamar a ese número —sugirió.

—No podemos utilizar de nuevo el teléfono de tu madre y yo no llevo dinero encima —contestó mientras se palpaba los bolsillos.

Izzie vació los de su chaqueta y sacó un pañuelo, un trozo de cuerda, dos chicles de menta, una caja de cerillas, un destornillador y una moneda de dos peniques.

Descolgó el auricular, marcó el número y mantuvo el teléfono entre él y Mick para que éste pudiera oír la conversación.

Respondió una mujer.

—¿Diga?

Izzie introdujo la moneda en la ranura y cubrió el micrófono con la mano.

—¿Qué le digo? —susurró.

Mick le cogió el auricular. Izzie sabía muchas cosas, pensó, pero a veces parecía tonto de capirote.

—Por favor, ¿está el señor Norton Wheeler en casa?

—No, no ha llegado aún —contestó la mujer—. ¿Desea algo?

Mick colgó.

—Es nuestro hombre —confirmó.

—Hemos tenido suerte —dijo Izzie.

—Ya era hora de que tuviéramos un poco, ¿no crees? —repuso Mick.

Al día siguiente se encontraron en la tienda una vez terminado el turno de reparto de periódicos. Tomaron prestado un mapa callejero de detrás del mostrador y buscaron King Edward Avenue. Se hallaba a menos de dos kilómetros de distancia.

Antes de partir trazaron un plan. Izzie explicó que lo que se disponían a hacer se llamaba vigilancia y que los agentes secretos lo hacían constantemente.

—De todas maneras —advirtió—, puede ser bastante aburrido.

A Mick le parecía de lo más excitante.

King Edward Avenue era una calle tranquila con árboles a lo largo de las aceras. Todas las casas eran grandes y de aspecto lujoso. La de Wheeler tenía un gran jardín frontal con abundantes arbustos y una gran puerta doble de garaje a un lado.

Izzie y Mick pasaron por delante sin detenerse una primera vez y dieron la vuelta a la manzana para ver si había algún acceso por la parte de atrás, pero no encontraron ninguno.

Aparcaron las bicicletas a unas cuantas casas de distancia del número 3 y, para no despertar sospechas, empezaron a jugar en la acera con una pelota de tenis.

Durante media hora no ocurrió nada que fuera digno de mención. Mick empezaba a comprender lo que su amigo había querido decir al asegurarle que las labores de vigilancia solían ser aburridas cuando un Jaguar azul pasó junto a ellos y luego subió por el camino de acceso del número 3.

Mick logró entrever a un hombre moreno sentado al volante.

Interrumpieron el juego.

—Tengo que verlo más de cerca —comentó.

—Pero si ni siquiera sabes si es él —objetó Izzie.

—Pues lo averiguaré.

Cogió la pelota y la lanzó por encima del muro para que cayera en el jardín de la casa. Luego echó a correr por el camino de acceso.

El hombre moreno estaba apeándose del coche en ese momento.

—¿Me permite recoger mi pelota, señor Wheeler? —gritó Mick.

El hombre lo miró con mala cara.

—De acuerdo, pero id a jugar a otra parte —contestó.

—Gracias.

Mick se metió entre los arbustos, localizó la pelota de tenis y salió del jardín. Cuando llegó a la verja se volvió, miró la matrícula del coche y la memorizó. Acto seguido, regresó junto a su amigo.

—¿Era él? —quiso saber Izzie.

—Seguramente. Lo llamé «señor Wheeler» y no pareció sorprenderse.

—¿Pudiste verlo bien?

—Sí.

Estuvieron jugando un rato más hasta que Izzie preguntó:

—Oye, Mick, ¿qué más queremos averiguar?

—Debemos encontrar pistas, cualquier cosa que nos diga algo sobre él. Es importante conocer al enemigo, dicen.

—Bueno, pues no es que estemos encontrando gran cosa. No hacemos más que jugar a la pelota frente a su casa.

—Fuiste tú quien dijo que las vigilancias eran aburridas —contestó Mick—. Aguantemos un poco más.

Unos minutos después oyeron que el coche se ponía nuevamente en marcha y lo vieron salir de la casa y alejarse por la calle. En el asiento del pasajero viajaba una mujer.

—Seguro que es su esposa —dijo Mick.

Izzie miró la hora.

—Son las seis y media. Es posible que hayan salido a cenar fuera.

—En ese caso, podemos echar un vistazo más de cerca a la casa.

Izzie pareció sobresaltarse.

—¿No es un poco arriesgado? No sabes si hay alguien más dentro. Hasta ahora no hemos hecho nada malo, pero entrar a la fuerza en una casa va contra la ley.

—Está bien, pero sigo creyendo que deberíamos echar una ojeada alrededor —insistió Mick—. Por el momento, nuestros esfuerzos han sido en balde.

Izzie hizo rebotar la pelota de tenis contra la pared y la atrapó.

—Creo que no hemos hecho más que perder el tiempo —dijo.

—Mira, no tienes que acompañarme si no quieres. Te diré lo que puedes hacer: te quedas aquí fuera vigilando y si ves que se acerca alguien haces sonar tres veces la campanilla de la bici.

—Está bien —contestó Izzie a regañadientes.

Mick subió lentamente por el camino de acceso. Sus botas de béisbol no hacían el menor ruido en el asfalto. Sospechaba que Izzie tenía razón al decir que estaban perdiendo el tiempo, pero estaba decidido a encontrar alguna pista.

Se mantuvo cerca de los arbustos, listo para ocultarse tras el follaje en caso necesario, pero llegó al final del camino sin problemas.

Observó la casa desde detrás de un árbol. Ésta tenía un porche frontal y un callejón lateral que la separaba del garaje. Una de las dos puertas de éste se hallaba ligeramente entreabierta.

Mick se preguntó si debía arriesgarse y entrar en la casa, pero la puerta abierta del garaje indicaba que quizá hubiera alguien en la vivienda; así pues, decidió investigar primero en el garaje.

Cruzó sigilosamente el camino de acceso, se coló por la estrecha abertura y entró. El cobertizo disponía de una ventana lateral, de modo que podía ver bastante bien. Miró a su alrededor.

Era un garaje normal y corriente. Había un cortacésped en un rincón y herramientas colgadas en la pared. Al fondo vio unos cuantos botes de pintura apilados.

Miró el suelo. Tenía manchas de aceite.

Ni una sola pista.

Mick se disponía a marcharse cuando, con el rabillo del ojo, vio algo que le llamó la atención. Se inclinó y recogió un papel doblado del suelo. Junto a él había un cepillo pequeño y fino, parecido a un pincel. Examinó ambos.

De repente oyó tres frenéticos «¡Ping!». ¡La campanilla de la bicicleta de Izzie! ¡Alguien se acercaba! Se asomó por la puerta y vio que el Jaguar azul subía por el camino de acceso. Miró en derredor rápidamente. El garaje tenía una puerta trasera, pero si salía por allí podía quedar atrapado en el jardín.

¿Metería Wheeler el coche en el garaje?

Mick lo oyó detenerse en el camino. Se abrió una puerta, y unos pasos se acercaron. Tomó una rápida decisión. Se escabulló por la puerta trasera y cerró sin hacer ruido.

Permaneció muy quieto y aguzó el oído. El corazón le latía a toda prisa. Izzie le había dicho que aquello significaba infringir la ley.

Oyó que la puerta del garaje se levantaba sobre sus chirriantes ruedecillas y el Jaguar que entraba. Alguien apagó el motor, se apeó y cerró la portezuela del vehículo. La puerta del garaje bajó y se cerró con un golpe seco. Mick soltó un suspiro de alivio.

De repente, el picaporte de la puerta trasera giró. Wheeler se disponía a salir por allí. Seguramente había cerrado el garaje por dentro. Mick se agachó rápidamente tras los cubos de basura. Oyó que una llave giraba en la cerradura y pasos que se alejaban.

Se arriesgó a mirar por encima del cubo y vio que Wheeler se disponía a entrar por la cocina.

Esperó a que desapareciera en el interior de la casa y después, olvidándose de

toda precaución, salió corriendo por el callejón, bajó por el camino y llegó a la calle.

—¡Larguémonos! —gritó a Izzie.

Los dos muchachos saltaron sobre sus bicicletas y se alejaron pedaleando a toda prisa.





El martes por la tarde, la señora Briggs se presentó en el pequeño piso de Mick con un ejemplar del *Hinchley News* bajo el brazo. Su foto aparecía en la página 3 y en ella aparecía agitando los brazos delante de su casa. La información, firmada por Nigel Parsons, explicaba los planes para demoler las casas de Canal Street.

—Es una buena foto, señora Briggs —comentó la madre de Mick.

Mick la miró. Despeinada y con la boca abierta, la buena mujer tenía un aspecto terrible.

—Bueno, el caso es que he venido para firmar su petición —repuso la señora Briggs.

La madre de Mick sacó una hoja de papel de un cajón y buscó un bolígrafo. La señora Briggs estampó su firma y su nombre al final de una lista.

—Veo que casi todo el mundo ha firmado —comentó.

—Sí, la mayoría de vecinos ¿Qué dice el diario? —quiso saber la señora Williams.

—Le diré lo que no dice, no menciona el camión que entra y sale de los estudios. En fin, tal como expliqué al reportero, tengo anotadas en un papel las horas y los días que pasó ese dichoso camión. Se lo he traído para que lo adjunte a la petición.

Mick levantó la vista del diario.

—Pues no sé qué puede tener que ver —comentó.

—Calla, Mickey, no seas grosero —le dijo su madre. Se volvió hacia la señora Briggs y recogió la petición firmada y la hoja que ésta le entregó—. Muchas gracias, querida.

Mick volvió a concentrarse en el periódico y leyó un artículo sobre la Banda del Disfraz mientras su madre seguía conversando con la señora Briggs. El domingo anterior, sus miembros habían atracado una oficina de correos y huido con un botín de más de mil libras. Su método era el de siempre: tres o cuatro hombres entraban haciéndose pasar por clientes habituales y después esperaban la oportunidad para saltar al otro lado del mostrador y robar las cajas registradoras.

Seguían siendo muy listos. No dejaban huellas y siempre utilizaban un coche robado para escapar. La policía nunca hallaba pistas. El periódico mostraba una foto del detective inspector Peters con cara de perplejidad. Mick se echó a reír.

Sin embargo, se dijo, detectarlos no debía de resultar tan fácil. Él no había conseguido nada con el señor Wheeler. Las pistas que había encontrado con Izzie carecían de importancia. Según le había dicho su amigo, el papel del garaje no era más que el recibo de un depósito bancario, la clase de impreso que había que rellenar cuando alguien hacía un ingreso en el banco. En cuanto al cepillo, solo era eso: un cepillo. Por el momento, Mick había decidido abandonar sus labores detectivescas hasta que se le ocurriera un nuevo plan.

—Debo marcharme —dijo la señora Briggs.

—Devuélvele el diario, Mickey —le pidió su madre.

—Por favor, ¿puedo quedarme con esta página? Me gustaría recortar la noticia de la Banda del Disfraz.

—Está bien.

Mick cogió la página y entregó el resto del periódico a la señora Briggs. El artículo contenía también un resumen de las actividades de la banda durante las últimas semanas. Mick decidió que empezaría un álbum sobre la Banda del Disfraz y que recortaría todas las noticias que encontrara sobre ella. De ese modo, si alguna vez atrapaban a sus miembros, podría añadir sus fotos.

Izzie llegó justo cuando la señora Briggs se marchaba.

—Mickey, Izzie está aquí —dijo su madre desde la cocina—. ¿Vais a salir?

Mick dejó la hoja de periódico en el suelo y se levantó. Era una agradable tarde de verano y todavía quedaban unas cuantas horas de sol por delante.

Mientras caminaban por la calle, Mick preguntó a su amigo:

—¿Qué piensas ser cuando dejes el colegio?

—Supongo que director de cine —repuso Izzie—. ¿Y tú?

—Yo pienso ser un villano.

Izzie soltó una risotada.

—¡No seas burro!

—¿Qué tiene de burro? Seré como los miembros de la Banda del Disfraz, demasiado listo para que me atrape la policía.

—Mi padre dice que hay maneras más fáciles de ganarse la vida que dedicarse a robar —contestó Izzie.

Llegaron al puente del canal.

—Oye, ¿por qué no volvemos a entrar en los estudios? —propuso Izzie.

A Mick no se le ocurrió nada mejor, de modo que se mostró de acuerdo.

Saltaron la valla de alambre, siguieron por la orilla del canal y llegaron a la altura de la tubería.

—¿De verdad afanaste tu bici? —preguntó Izzie.

—Desde luego —le aseguró Mick—. La habían dejado en la parte de atrás de un taller. Estaba toda oxidada, así que la pinté, le puse unas ruedas nuevas que encontré en un desguace y compré el manillar.

—Pero eso no es afanar, ¿no?

—No tengo ni idea.

En esa ocasión no había ninguna plancha de madera que los ayudara a cruzar al otro lado, pero entre la basura de la orilla encontraron un par de viejos neumáticos y el cojín de un sillón. Los arrojaron al canal y formaron con ellos un camino por el que saltar.

Esa vez la tubería no se les hizo tan larga, y Mick se llevó una sorpresa cuando Izzie se detuvo y alumbró la tapa de registro con su linterna. Treparon de la misma forma que lo habían hecho la primera vez y al cabo de un minuto se hallaban nuevamente de pie en el cuarto que se utilizaba como almacén.

—Hoy podríamos investigar otro estudio... —propuso Izzie.

Salieron al pasillo y se dirigieron hacia el Estudio C, donde había entrado el grupo de desconocidos.

—Estate al tanto por si oyes el ruido de un camión.

Cuando encendió la luz, Mick vio que el estudio se había utilizado para rodar una película sobre la Armada. Una esquina simulaba ser el puente de mando de un acorazado, con sus instrumentos y tubos de comunicación. Había un par de prismáticos. Mick los cogió y miró por ellos, pero carecían de lentes.

Había un paisaje pintado en una gran tela que mostraba una gran extensión de mar. Junto a ella, apoyada en una esquina, se veía la pared de cartón piedra de una cabina, con sus ojos de buey.

—¡Mira esto! —exclamó Izzie—. ¡Una cámara de cine!

Mick se acercó.

—¿Crees que funciona?

Izzie se entretuvo con ella un momento.

—Es muy vieja —dijo finalmente—. Supongo que por eso la han dejado aquí para que se oxide.

Mick dejó a Izzie jugando con la cámara y se acercó a una escalera de mano que subía hasta el techo.

—¿Para qué crees que será? —preguntó a su amigo.

—Supongo que para colocar y reparar los focos —contestó Izzie.

Mick empezó a subir. Era bastante alta. Arriba había una especie de plataforma desde donde se podía contemplar todo el Estudio C a vista de pájaro y parte de los estudios contiguos. Desde allí, Izzie parecía muy pequeño.

—Oye, esto es estupendo —lo llamó—. Sube y verás.

Izzie dejó la cámara, trepó por la escalera y se tumbó junto a Mick en la plataforma para mirar hacia abajo.

En ese momento la puerta del estudio se abrió lentamente y entró un hombre. Desde su posición elevada, lo único que pudieron distinguir los muchachos fue una calva. Contuvieron el aliento.

—¿Quién de vosotros ha sido el listillo que ha dejado las luces encendidas? —preguntó el desconocido.

Otros dos extraños entraron tras él. Uno de ellos cargaba con una maleta que dejó en el suelo.

—Supongo que habré sido yo —dijo.

El hombre calvo pareció contentarse con la respuesta. Masculló algo y se quitó el abrigo.

Mick e Izzie respiraron aliviados.

—Si nos quedamos muy quietos seguramente no se darán cuenta de que estamos aquí —susurró Mick al oído de su amigo.

Izzie asintió.

Los tres hombres se desvistieron y después se lavaron la cara en un fregadero que había cerca de la escalera. A continuación se volvieron a vestir y abrieron la maleta. Estaba llena de dinero.

Izzie acercó los labios al oído de Mick.

—Seguramente deben de ser actores que están rodando en alguna parte y han venido aquí para cambiarse.

—Ahora no tenemos tiempo de entretenernos con esto —dijo el calvo—. Ya nos ocuparemos más tarde. Está todo mezclado en monedas y billetes.

Cerró la maleta y salió del estudio con sus compañeros.

Mick e Izzie permanecieron donde estaban, sin moverse y aguzando el oído. De repente, la puerta se abrió de nuevo. El calvo entró y apagó la luz.

—¡Os habéis vuelto a olvidar, idiotas! —dijo a los otros.

Cuando se marchó, los chicos esperaron hasta que oyeron el ruido de un coche que arrancaba y se perdía en la distancia. Solo entonces se atrevió Izzie a encender su linterna y bajar de la escalera.

—Esto está empezando a ponerse peligroso —comentó Mick—. Les habría bastado con mirar hacia arriba para vernos.

Con la ayuda de la linterna, hallaron el camino de regreso al cuarto-almacén y se metieron en la tubería. El camino que habían hecho en el canal estaba intacto y cuando llegaron a la orilla pudieron cruzarlo sin meter los pies en el barro.

Mientras caminaban a lo largo del dique, Izzie comentó:

—La verdad es que no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes?

—Lo que hacían allí esos hombres. Me refiero a que, si eran actores que rodaban una película, ¿dónde estaba el director, el cámara, la gente de maquillaje y el resto del equipo? Además, se supone que los Estudios Kellerman están cerrados.

—No sé, quizá tienen permiso para utilizarlos de vez en cuando —sugirió Mick.

—Puede ser —murmuró Izzie.

Estaba oscureciendo, de modo que Izzie quitó la cadena a su bici y volvió a su casa. Mick subió al piso.

Su madre estaba viendo la televisión.

—A ver si aprendes a ordenar antes de salir —le dijo ella—. Haz el favor de llevarte esa hoja de periódico.

Mick recogió la página del *Hinchley News* que yacía en el suelo, donde la había dejado. Fue hasta la cómoda, abrió un cajón y la dejó encima de la absurda lista de la señora Briggs.

—Esa historia de los camiones que entran y salen de los Estudios Kellerman no tiene nada que ver con nuestra petición, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que no, pero no deberías decir esas cosas.

—¿Por qué no, si es verdad?

—Porque no es de buena educación. A veces puedes herir los sentimientos de la gente si les dices la verdad a lo bruto.

—Creo que te entiendo —contestó Mick.

Eso significaba que su madre solo había fingido estar de acuerdo con la señora Briggs.

Cogió la lista, le echó un vistazo y la volvió a dejar en su sitio. Cerró el cajón y dio media vuelta, pero algo de lo que acababa de leer llamó su atención.

Abrió el cajón y miró de nuevo el papel. No era más que una serie de horas y fechas, pero estas últimas le resultaron familiares. Entonces comprendió el motivo.

Sacó la página del periódico y releyó la información.

—¡La leche! —exclamó.

—Cuidado con decir palabrotas —le advirtió su madre, pero Mick no la oyó.

Sostenía una hoja en cada mano.

—¡Las fechas coinciden! —murmuró para sí mismo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —preguntó su madre.

—No es nada —contestó.

—Entonces ¿serías tan amable de seguir hablando contigo mismo en la cocina? Estoy viendo la televisión.

Mick llevó las dos hojas a la cocina y se sentó a la mesa para estudiarlas.

Estaba en lo cierto. Siempre que la Banda del Disfraz había realizado un atraco, los camiones habían molestado a la señorita Briggs.

Acababa de descubrir a qué se dedicaban los hombres que habían visto en los

estudios.

¡Los Estudios Kellerman se habían convertido en la guarida de la Banda del Disfraz!

—Bobadas —dijo Izzie en voz baja al día siguiente.

—Te lo puedo demostrar —contestó Mick.

Estaban el uno junto al otro en la reunión de alumnos del colegio, con el libro de himnos abierto ante ellos en «Sembramos los campos del Señor», pero tenían la cabeza muy lejos de allí.

—Escúchame —insistió Mick—, las fechas de los atracos de la Banda del Disfraz son las mismas que las que están escritas en la lista de la señora Briggs.

—Eso no demuestra nada —respondió Izzie alzando la voz.

El ojo de águila del señor Solomons cayó sobre ellos.

Rápidamente, Mick se puso a cantar a voz en cuello «todas las cosas buenas nos las envían los cielos», y el señor Solomons apartó la mirada.

—Los miembros de la banda se ponen los disfraces —prosiguió Mick—, atracan el banco y vuelven a los estudios con el botín. La policía cree que utilizan maquillaje de profesionales y todo lo demás, ¿o acaso no lo sabes?

Izzie parecía menos desdeñoso. Cuando acabó la oración inclinaron la cabeza y salieron en fila al vestíbulo.

—Deberíamos ir a la policía —dijo Izzie.

—¿Estás de broma? —exclamó Mick.

—¿Por qué?

—A ver, supón que nos equivocamos. Nos empapelarían por haber entrado en los estudios sin permiso.

Izzie lo pensó unos minutos.

—En ese caso, vamos a tener que encontrar pruebas.

—¿Cómo?

—Ni idea, pero seguro que hay una manera.

Se sentaron en sus pupitres y sacaron los libros.



Izzie estaba sentado en su bicicleta, agarrado al pasamanos de la acera de delante de casa de Mick, esperando a que su amigo saliera. No tenía la menor idea de qué hacer con el problema de la Banda del Disfraz, pero una cosa estaba clara: necesitaban alguna evidencia que demostrara que los hombres del estudio eran los ladrones. Hasta ahí, no había problema. Lo complicado era conseguir una prueba.

Izzie se preguntó qué podría servir como tal. Seguramente bastaría con que pudieran fotografiar a aquellos individuos mientras se cambiaban de ropa, pero dudaba de que lo lograran sin ser descubiertos.

Mick salió y cerró de un portazo. Había dejado su bicicleta delante de su casa. Se sentó en el sillín al igual que Izzie y se apoyó en la barandilla.

—Creo que lo mejor es que nos olvidemos de esta historia —dijo.

—¿Por qué? —preguntó su amigo, asombrado.

—Bueno, para empezar no sé por qué deberíamos ayudar a la policía a atrapar a la Banda del Disfraz.

—Pues porque son unos ladrones, por si te parece poco. —Para Izzie estaba clarísimo.

—¿Y qué? ¿Por qué deberíamos ponernos de parte de la ley? Yo voy a favor de los malos.

—Pero ¿te has vuelto loco? Además, nunca tendremos la oportunidad de vivir una aventura como ésta. Piénsalo un momento: dos colegiales descubren por su cuenta a la famosa Banda del Disfraz. Tenemos que intentarlo.

Mick lo meditó unos instantes. Izzie percibió su lucha interna, pero para él no había vuelta de hoja. Si uno podía, tenía la obligación de ayudar a la captura de los delincuentes. Mick, sin embargo, parecía admirarlos. Aun así, el aliciente de la aventura resultaba irresistible.

—Está bien —dijo finalmente Mick—, pero el problema es cómo los cogemos.

Izzie comprendió que por fin lo había convencido.

—Lo he estado pensando —contestó—. Lo ideal sería hacerles unas cuantas fotos cuando se estén cambiando de ropa, después de haber cometido un atraco.

—Sí, y que de paso nos peguen un tiro —repuso Mick con sarcasmo.

—Está bien, solo era una idea —repuso Izzie, ceñudo.

—Lo que sí podríamos hacer es fotografiar sus disfraces cuando no estén.

—Sí —convino Izzie—, y también sus armas y el dinero robado, suponiendo que lo encontremos.

—Vale, pero no tenemos una cámara fotográfica.

—¡Yo sí! —exclamó Izzie, entusiasmado.

Aquello parecía la solución.

—¿Puedes hacer fotos en interiores?

—Sí, dispone de flash.

—Entonces, vayamos por ella.

Subieron a los pedales y partieron en dirección a la casa de Izzie.

Izzie mostró orgulloso su cámara a Mick.

—Es una treinta y cinco milímetros —explicó ante la atenta mirada de su amigo—. Y aquí tenemos el flash.

Mick lo examinó.

—Parece un poco complicado —comentó.

—Sí, pero es fácil cuando sabes cómo funciona.

Izzie lo cogió, cargó la cámara con un carrete y después la guardó junto con el flash y unas cuantas bombillas de repuesto en un estuche de cuero que se colgó del hombro.

—Fue mi regalo de Navidad —explicó—. Tenía que haber sido una cámara de cine, pero entonces los Estudios Kellerman cerraron y mi padre no pudo permitírsela.

Bajaron a la planta baja y entraron en la cocina.

—Vamos a salir para hacer unas fotos —explicó Izzie a su madre—. No te importa si no llego para la cena, ¿verdad?

—No —respondió ella—, pero después no vengas diciendo que tienes hambre.

Fueron con sus bicicletas hasta Canal Street y las dejaron en casa de Mick. Cuando pasaron ante la puerta de los estudios vieron que el vigilante nocturno estaba de guardia y paseaba por el camino de acceso llevando de la correa a su pastor alsaciano.

—Vamos a tener que movernos sin hacer ningún ruido —dijo Izzie.

Tuvieron que esperar unos minutos en el puente del canal para que pasaran unos cuantos peatones. Cuando por fin quedó desierto subieron al pretil y saltaron la valla de alambre.

Empezó a caer una fina llovizna mientras caminaban por el dique del canal.



Bajaba un poco más de agua por el estrecho riachuelo que corría entre el barro, pero su camino improvisado con neumáticos seguía en su sitio.

Izzie fue el primero en cruzar. Llevaba la linterna sujeta con la boca, y la cámara a la espalda. Cuando se metió en el estrecho túnel tuvo la impresión de que la tubería estaba más húmeda que la vez anterior y también creyó notar una corriente de aire.

Intuía que eso significaba algo, pero no fue capaz de hallar la explicación. Al llegar al túnel vertical iluminó la tapa de registro con la linterna y lo comprendió.

—Tiene gracia —dijo a Mick—, pero juraría que cuando nos marchamos la última vez dejamos la tapa en su sitio.

Su amigo masculló algo y se colocó en posición para que Izzie subiera a sus hombros.

—La próxima vez subiré yo primero —rezongó—. Así podré dar un pequeño descanso a mis hombros.

Izzie se agarró con las manos al borde de la boca de registro e hizo fuerza hacia arriba. De repente se encendió una luz cegadora, y unas manos fuertes lo agarraron por los antebrazos y lo izaron sin contemplaciones fuera del conducto.

—¡Ya te tengo, sabandija entrometida! —exclamó una voz masculina.

El resplandor cegó a Mick durante unos segundos. Oyó la voz y comprendió lo que significaba: ¡era una trampa!

Seguramente habían oído a Izzie hablando con él, de modo que sabían que estaba allí. Se dejó caer de rodillas y huyó por la tubería igual que una rata asustada. Se arañó las manos y las rodillas, pero apenas lo notó. El corazón le latía como un bombo y no dejaba de caer de bruces. Aminoró la marcha cuando se acercó al final de la tubería. Comprendió que aquellos hombres no podrían seguirlo hasta allí porque era demasiado estrecha, pero ¿y si lo estaban esperando fuera? Se detuvo en seco y reflexionó, pero enseguida concluyó que era imposible: si no podían meterse por la tubería no tenían manera de saber dónde desembocaba.

Llegó al final y asomó la cabeza. No parecía haber nadie en los alrededores. Se dejó caer fuera y puso el pie en el primer neumático.

Llovía copiosamente, y estuvo a punto de resbalar con la goma mojada cuando cruzó el canal, pero logró alcanzar la otra orilla y regresar a la calle. Estaba a salvo, pero la Banda del Disfraz tenía a Izzie.

—¿Qué puedo hacer? —se preguntó en voz alta.

Caminó lentamente de vuelta a casa. Desde luego, lo que no podía hacer era entrar y merendar como si nada hubiera ocurrido. Por otra parte, tampoco podía rescatar a Izzie él solo.

Consideró la posibilidad de acudir a la policía. Ya no tenía la menor duda de en qué bando estaba. Los ladrones habían capturado a su amigo, y eso lo ponía claramente del lado de la ley, al menos de momento. Pero ¿qué podía hacer la

policía?

No tenía la menor idea, aunque quizá lo mejor sería darles una oportunidad.

Entonces oyó el camión. Alzó la vista y lo vio acercarse a la entrada del estudio por el camino de acceso. Echó a correr en dirección a su casa y dejó atrás la verja, pero se detuvo.

Aunque acudiera a la policía, cuando los ladrones salieran de los Estudios Kellerman los perdería y no tendría forma de localizar a Izzie.

Tenía que seguir a aquel camión.

Subió a su bicicleta de un salto. El vehículo cruzó la verja y salió a la calle. Mick pedaleó tras él mientras el guardia volvía a cerrarla. Consiguió acortar distancias cuando los ladrones se detuvieron en el cruce y esperaron la oportunidad para girar hacia la calle principal. Luego se mantuvo tras ellos mientras circulaban despacio por Paul Street, que era una calle estrecha con coches aparcados a ambos lados. Los perdió de vista cuando el tráfico se despejó, pero redujo la distancia en el siguiente semáforo.

Procuró mantenerse justo detrás del camión cuando éste arrancó, pero el vehículo aceleró al llegar a una calle de doble carril. Mick pedaleó con todas sus fuerzas. El pecho le ardía por el esfuerzo, la lluvia le azotaba el rostro y tenía el jersey empapado. Sin embargo, por debajo sudaba debido al esfuerzo.

El camión se alejó unos cien metros y se detuvo al llegar a una rotonda. Mick rezó para que el tráfico lo retuviera unos instantes más. Estaba reduciendo la distancia cuando vio que las luces de freno se apagaban y el vehículo aceleraba para colarse entre los coches. Pedaleó con más fuerza, pero enseguida se dio cuenta de que tendría que frenar en la rotonda. Iba demasiado deprisa. Clavó el freno de atrás y después el de delante. Las ruedas patinaron en el asfalto mojado, la bicicleta resbaló de costado, y Mick se vio lanzado de cabeza a la cuneta.



Mick se levantó del suelo. Se había dado un golpe en la cabeza y arañado la pierna, pero parecía hallarse de una pieza. Un conductor se detuvo y bajó del coche.

—¿Estás bien, chico? —preguntó.

—Sí —contestó Mick—. Gracias por parar.

—Deberías tener más cuidado con el asfalto mojado —dijo el hombre antes de volver al vehículo y alejarse.

Mick recogió su bicicleta y la arrastró fuera de la calle mientras hacía un esfuerzo para no echarse a llorar. Había perdido todo rastro del camión.

El dolor de la pierna remitió. Cruzó al otro lado de la calle, subió a su bicicleta y regresó a Canal Street pedaleando lentamente.

Consideró una vez más acudir a la policía, pero en ese momento le pareció que no tenía demasiado sentido: acabaría metiéndose en problemas por haber entrado en los Estudios Kellerman y tampoco podrían encontrar a Izzie.

Se preguntó qué harían los miembros de la banda con su amigo. Quizá le hicieran jurar que guardaría el secreto y después lo soltarían.

Pero no, no serían tan tontos. Izzie era lo bastante ingenuo para mantener la boca cerrada si lo obligaban a prometerlo, pero esa gente difícilmente confiaría en él.

Cuando llegó a su casa dejó la bicicleta junto a la puerta, se quitó los zapatos mojados en la puerta del piso y entró con ellos en la mano.

Su madre se encontraba sentada a la mesa de la cocina, leyendo un libro.

—Confío en que no esperarás que te prepare la merienda a estas horas de la noche —dijo sin levantar la mirada.

—Solo son las siete —murmuró Mick.

De todas maneras, no tenía ánimos para discutir ni ganas de tomar nada.

Dejó los zapatos en el suelo y entró en la otra habitación. Se dijo que sus dos intentos de montar una vigilancia habían salido bastante mal. Sacó del cajón las pruebas que había conseguido en casa de Wheeler y las examinó desconsoladamente.

No tenían la menor utilidad. Las volvió a guardar. También él se sentía inútil. Había fracasado en su intento de descubrir a la Banda del Disfraz. Se dio la vuelta y encendió el televisor.

De repente tuvo una ocurrencia. Había algo raro en la nota que había recogido del suelo del garaje de Wheeler. Abrió de nuevo el cajón, sacó las pruebas y leyó detenidamente el impreso de ingreso. En el membrete se leía: «National Westminster Bank, Purley Street n.º 25, Hinchley».

Ya había visto antes aquella dirección, pero ¿dónde?

Se devanó los sesos. Bancos, ¿qué sabía él de bancos? Entonces se acordó y buscó el artículo que había recortado del periódico acerca de las andanzas de la Banda del Disfraz. Efectivamente, sus miembros habían atracado el National Westminster Bank de Hinchley.

Una coincidencia, sin duda. Entonces se fijó en la fecha del impreso. Era del mismo día del atraco. Eso ya le pareció que no podía tratarse de una mera coincidencia.

Pero si no lo era, ¿qué podía ser?

Lo único que significaba era que el señor Norton Wheeler había estado en el banco el día en que lo habían asaltado.

Pero si únicamente había ido para efectuar un ingreso, ¿por qué se había llevado todo el impreso? A menos que...

¡Claro! ¡Tenía que ser eso!

Los miembros de la Banda del Disfraz siempre se hacían pasar por clientes antes de decidirse a atracar. Así pues, uno de ellos había fingido que se disponía a realizar un ingreso mientras esperaba su oportunidad de acceder a los cajeros.

Y ese impreso había acabado en el suelo del garaje del señor Wheeler.

Entonces Mick se acordó de dónde había visto un cepillo como el que había recogido cuando encontró el impreso. En los Estudios Kellerman había muchos como aquél. Eran cepillos de maquillaje.

De repente todas las piezas encajaron. Los guardias de los estudios siempre dejaban entrar el camión de la banda. ¿Por qué? Seguramente tenían instrucciones del propietario, el señor Norton Wheeler.

No cabía duda de que el señor Wheeler era el cerebro que se ocultaba detrás de la Banda del Disfraz. Mick comprendió en el acto adónde habían llevado a Izzie.

Se puso los zapatos de nuevo y salió del piso como un rayo.

—¡No irás a salir otra vez con este tiempo! —le gritó su madre, pero él hizo caso omiso y bajó a toda prisa por la escalera.

La lluvia había cesado, pero las calles seguían empapadas. Por suerte, los gruesos neumáticos de Mick eran ideales para rodar por el mojado asfalto. Nunca habría patinado en la rotonda si no se hubiera dejado llevar por el pánico.

Siguió la misma ruta del camión y pasó por el lugar donde se había caído. Tardó cinco minutos en llegar a King Edward Avenue.

El camión estaba aparcado en el camino de acceso a la casa de Wheeler.

El cielo encapotado había adelantado la llegada de la oscuridad, y las luces de la vivienda estaban encendidas. Mick dejó su bicicleta apoyada contra el muro y se asomó al jardín. Examinó el lugar un momento y enseguida decidió lo que haría.

Saltó el muro y se escondió entre unos arbustos. Nadie lo había visto. Cruzó el césped corriendo y se detuvo tras un rosal. Desde allí se acercó sigilosamente hasta la parte frontal de la casa.

Un estrecho sendero rodeaba toda la vivienda. Mick se puso a cuatro patas y se fue arrastrando por debajo del nivel de las ventanas hasta que llegó a un lateral de la casa. Entonces se levantó, puesto que no había ventanas, y caminó sin hacer ruido hasta el jardín de la parte trasera.

Examinó el lugar mientras se preguntaba dónde habrían encerrado a Izzie si lo hubieran llevado allí.

Arriba, sin duda, para que no pudiera huir por una ventana. Y en una habitación que se pudiera cerrar con llave.

Había tres ventanas, una grande, una pequeña y otra con el cristal esmerilado que probablemente correspondía a un cuarto de baño. Tenía la luz encendida.

La observó detenidamente. La mayor parte del cristal era mate, pero por encima tenía una pequeña parte transparente. La ventana se hallaba en la esquina más alejada de la casa. Por debajo de ella, justo a la vuelta de la esquina, había un invernadero adosado con el techo inclinado de cristal. Mick se arrastró hacia allí.

Se armó de valor. Caminó de puntillas hasta donde estaban los cubos de basura, cogió uno y lo llevó hasta el invernadero. Luego lo colocó junto a él y se subió encima. Desde allí solo tuvo que dar un pequeño salto hasta el techo. Una vez arriba se puso en pie y caminó con cuidado por el cristal hasta la esquina de la casa. Una tubería de desagüe descendía por la fachada desde el vierteaguas del tejado. La cogió fuertemente con ambas manos, saltó a la pared y fue trepando por ella. Los músculos de los brazos le ardían, pero sabía que era capaz de subir porque en las clases de gimnasia del colegio había hecho ejercicios parecidos.

Trepó por la cañería hasta que llegó a la altura del cristal transparente de la ventana del cuarto de baño. Entonces miró dentro.

Izzie contempló el rostro del desconocido que lo había sacado por la boca de registro.

—O sea que tú eres la rata que ha estado fisgoneando por aquí, ¿no? —exclamó el hombre.

Tenía unas cejas muy negras y pobladas, y un gran mostacho cuyas guías descendían por la comisura de sus labios. Hablaba con la cara pegada a la de Izzie. Su

aliento apestaba.

Izzie estaba demasiado sorprendido y asustado para contestar y se limitó a mirar a su captor con los ojos muy abiertos y el rostro muy pálido.

Las fuertes manos del individuo lo depositaron en el suelo, le hicieron dar media vuelta y le retorcieron el brazo en la espalda.

—¡Muévete! —ordenó.

Empujó a Izzie por la puerta y a través del pasillo hasta el Estudio B. Hasta ese momento, Izzie había albergado la leve esperanza de que solo fuera uno de los vigilantes nocturnos, pero ésta se desvaneció nada más entrar.

Había otros dos hombres. Uno de ellos estaba inclinado hacia delante para ponerse un zapato. Izzie solo pudo verle la calva, pero le resultó familiar.

Eran los miembros de la Banda del Disfraz.

—Mira lo que he encontrado, Gus —dijo el individuo que lo había capturado.

El calvo levantó la mirada.

—Vaya, un chaval al que le gusta fisgar.

Izzie miró al tercer desconocido. Era muy pelirrojo y tenía el rostro lleno de pecas. Miró a Izzie un momento, después se llevó la mano a la cabeza y se quitó la peluca que llevaba. Izzie vio que debajo tenía el pelo gris y corto.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó.

—Ni idea —contestó Gus.

El que sujetaba a Izzie le retorció el brazo un poco más.

—Este cabroncete podría estropearnos los planes —dijo en tono desagradable.

—¡Me está haciendo daño en el brazo! —protestó Izzie.

—¡Cállate o te daré en la cabeza!

—Tranquilo, Jerry —intervino Gus, y el otro aflojó la presión en el brazo de Izzie.

—Ven aquí, chaval —ordenó Gus.

Jerry soltó a Izzie y éste se acercó.

—¿Se puede saber qué hacías aquí? —preguntó Gus.

—Solo estaba jugando —contestó Izzie—. Jugaba con los vestidos y los decorados. Si se marchan no diré a nadie que están aquí, lo prometo.

—¿Qué quieres decir con que no se lo dirás a nadie? —Quiso saber Jerry—. ¿Decir qué? Nosotros tenemos derecho a estar aquí, chaval. Eres tú el que ha entrado sin permiso. ¿Quién puede tener interés en nosotros?

—Quiero decir que si me sueltan no iré a la policía ni nada de eso —se apresuró a contestar Izzie, que estaba al borde del llanto.

—¿Ir a la policía? —preguntó el que se había quitado la peluca.

—Déjalo estar, Alec —dijo Gus—. Está claro que lo sabe.

Izzie comprendió lo tonto que había sido. Hasta ese momento, los ladrones no

estaban seguros de si él sabía lo que estaban haciendo en el estudio, pero se había delatado al decir que sospechaba que estaban cometiendo un delito. Si se hubiera hecho el tonto quizá lo hubieran dejado marchar.

El hombre llamado Alec fue hasta el fregadero y se quitó las pecas de la cara con agua.

—Bueno, ¿y qué hacemos con él? —preguntó mientras se secaba con una toalla—. Está claro que no podemos dejar que se vaya.

—Tenemos que llevarlo ante el jefe —afirmó Gus—. De lo contrario, meteremos la pata hagamos lo que hagamos.

Se calzó el otro zapato y se enfundó en un abrigo. Entretanto, los demás recogieron la ropa, las pelucas y los efectos de maquillaje que estaban tirados por el suelo y lo guardaron todo en un armario.

—Muy bien, chaval —dijo Jerry cuando estuvieron listos—. Vas a venir con nosotros para dar un paseíto.

Cogió a Izzie por el brazo y lo empujó a través de la puerta. Alec encendió una linterna y todos ellos salieron por el pasillo hasta la parte delantera de los estudios. Izzie vio el camión a través de las puertas de cristal. Salieron y Gus se volvió para cerrar con llave. Izzie aprovechó la ocasión. Se zafó de la presa de Jerry y echó a correr.

Jerry dio un grito. Gus se volvió, vio que el chico pasaba corriendo junto a él y le puso la zancadilla. Izzie tropezó y cayó cuan largo era en la gravilla.

Se quedó tendido en el suelo, lleno de desesperación. Se había arañado la cara y le dolían las piernas por el tropezón. No pudo contener más tiempo las lágrimas.

Jerry lo puso en pie y lo abofeteó. Izzie soltó un grito de dolor.

—Tranquilo, Jerry —dijo Alec en voz baja—. No es más que un crío.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿ponerle una medalla? —contestó Jerry—. Voy a darle una lección.

—Limítate a meterlo en el camión y vigilarlo —ordenó Gus.

Izzie se vio lanzado a la parte de atrás del vehículo y se quedó tendido allí, boca abajo. Jerry subió con él mientras los otros dos se sentaban en la cabina. Izzie oyó que el motor se ponía en marcha y el camión salía por el camino de acceso.

No tenía la menor idea de adónde se dirigían. Permaneció tendido en el suelo de hierro e intentó olvidarse del dolor de sus magulladuras. Al cabo de lo que le pareció un trayecto muy largo, el vehículo se detuvo.

—Vendadle los ojos —oyó que decía Gus—. Así no sabrá dónde estamos.

Jerry encontró un trapo grasiento en el suelo y vendó los ojos de Izzie. A continuación lo levantó y lo bajó del camión. Una vez más le retorció el brazo en la espalda y lo empujó hacia delante.

Izzie notó una superficie dura bajo los pies. Al cabo de un momento, Jerry dijo:

—Cuidado con el escalón.

Izzie subió un peldaño con cuidado y comprendió que había entrado en una casa.

Una voz desconocida exclamó:

—¿Se puede saber qué es todo esto?

Sonaba más mayor y menos vulgar que la de los otros tres ladrones.

Izzie oyó que Gus contestaba:

—Pillamos a este chaval husmeando por el estudio. Dijo que si lo dejábamos marchar no acudiría a la policía.

—¡Seréis idiotas! ¿Cómo se os ha ocurrido traerlo aquí?

—No sabíamos qué otra cosa hacer —repuso Gus.

—¡Maldita sea!

Se hizo un breve silencio, luego el jefe añadió:

—Está bien, lleváoslo de aquí mientras pienso en algo. Subidlo a alguna de las habitaciones y atadlo bien.

—Por aquí, chaval —ordenó Jerry.

Izzie notó que lo arrastraban escalera arriba y lo llevaban a una habitación. Allí lo sentaron sin miramientos en algo duro y le ataron fuertemente las manos y los tobillos. Finalmente la puerta se cerró y oyó ruido de pasos que bajaban.





Izzie contempló su apurada situación con escaso optimismo. No solo sabía demasiado de la Banda del Disfraz, sino que ellos sabían que él lo sabía. También imaginó de qué estarían hablando en esos momentos. Sin duda, de cómo cerrarle la boca para siempre. Y para eso solo se le ocurrió una manera: matándolo.

Así pues, no tardó en llegar a la conclusión de que no tenía nada que perder si intentaba escapar. Aquel pensamiento le dio ánimos, y empezó a explorar el entorno. Con sus manos atadas palpó el asiento donde estaba y descubrió que era un retrete. Estaba claro que lo habían encerrado en un cuarto de baño, se dijo.

Tensó los músculos y notó que sus ataduras no estaban demasiado apretadas. Empezó a mover y retorcer las manos y tuvo la impresión de que algo conseguía. Al cabo de un rato se detuvo un momento para descansar sus doloridas muñecas y lo intentó nuevamente.

De repente oyó un golpe en la ventana. Se volvió hacia ella, pero su gesto resultó inútil porque seguía teniendo los ojos vendados. Y entonces los golpes cesaron. Izzie se preguntó qué podían haber sido y llegó a la conclusión de que seguramente se había tratado de uno de esos ruidos misteriosos que de vez en cuando hacían las casas.

Siguió forcejeando con sus ataduras hasta que de repente notó que tenía las manos libres. Se quitó rápidamente la venda de los ojos y miró a su alrededor. Se encontraba en un cuarto de baño bastante grande. En el extremo más alejado estaba la bañera, y entre ella y el retrete había una puerta. Frente a ésta se hallaba la ducha y la ventana.

Mientras se desataba los tobillos, un plan empezó a tomar forma en su mente. El picaporte estaba en el lado más alejado de la puerta, de modo que era necesario entrar completamente en el cuarto de baño para ver el retrete donde estaba sentado.

Junto a la bañera había una estantería llena de botellas y tarros. Izzie eligió un pesado frasco de loción para después del afeitado. Lo abrió, lo olió y reconoció que se trataba de la misma fragancia que había notado en presencia del jefe de la banda.

Entonces oyó pasos en la escalera. Se armó de valor, cogió la botella, subió al borde de la bañera y se apretó contra la pared.

Echó la cabeza hacia atrás y contuvo el aliento mientras rezaba para que la persona que se disponía a entrar no lo viera hasta que fuera demasiado tarde.

La llave giró en la cerradura, y la puerta se abrió. Izzie alzó la mano con la pesada botella. Jerry entró.

Izzie lo golpeó con todas sus fuerzas en la cabeza con la botella. El frasco se hizo añicos y desparramó su perfumado contenido. Jerry se desplomó en el suelo con un golpe sordo. Izzie saltó de la bañera al suelo y salió del cuarto.

Se encontró en un pasillo. Ante él estaba el rellano y la escalera que bajaba por el lado. Oyó una voz en el piso de abajo que preguntaba:

—¿Qué ha sido ese ruido?

—Ve a echar un vistazo —respondió alguien.

Se hallaba ya a medio camino de la escalera cuando en la planta baja se abrió una puerta y por ella apareció Alec. El ladrón lo vio y corrió hacia él.

Izzie dio media vuelta y huyó escalera arriba mientras Alec lo perseguía subiendo los peldaños de tres en tres.

Giró al llegar al rellano y corrió por él unos metros justo cuando Alec llegaba a lo alto de la escalera. Al ver que no tenía escapatoria saltó ágilmente por encima de la barandilla y logró aterrizar en el tramo inferior de la escalera.

Gus apareció en el vestíbulo.

—¡Maldito crío! —exclamó.

Izzie seguía sosteniendo en la mano la botella rota. Se precipitó contra el ladrón y le lanzó a la cara el afilado cristal. Gus se echó hacia atrás para esquivarlo, pero tropezó y cayó.

Izzie saltó por encima de él y corrió hacia la puerta delantera mientras oía que Alec bajaba la escalera a toda prisa y la voz del jefe que bramaba:

—¡Cogedlo de una vez, malditos idiotas!

Había logrado abrir el pestillo cuando la mano de Alec lo aferró por el hombro y tiró de él hacia atrás.

—¡Ya te tengo, maldito! —exclamó el ladrón.

La puerta se abrió con la inercia del empujón e Izzie vio en el rellano las altas figuras de su padre y de un corpulento policía. El agente tenía la mano levantada, como si se dispusiera a llamar.

Alec dejó escapar un grito ahogado y soltó a Izzie.

—¡No se molesten en huir! —gritó el policía—. ¡La casa está rodeada!

Izzie se dio la vuelta y vio que el jefe se llevaba la mano al bolsillo. De repente el policía pasó ante él con una agilidad increíble para una persona tan corpulenta. El jefe de la banda tenía la pistola medio fuera cuando el puñetazo del agente lo derribó.

Izzie se arrojó en brazos de su padre.

Otro policía entró en la casa y de repente todo el lugar pareció llenarse de uniformes. Alec y Gus se rindieron sin ofrecer resistencia. Los esposaron y se los llevaron. Gus se tocó el corte de la frente y lanzó una mirada cargada de odio a Izzie mientras pasaba ante él y lo metían en el furgón policial.

—¿Eso se lo has hecho tú? —le preguntó su padre.

—Sí —repuso Izzie, que no sabía si sentirse orgulloso o avergonzado.

Un policía gritó desde el piso de arriba:

—¡Aquí hay otro, sargento, y está inconsciente!

El señor Izard miró a su hijo con expresión asombrada.

—Sí, también fui yo —asintió Izzie—. ¿Estás enfadado conmigo?

Su padre lo miró un momento sin decir nada y después le revolvió el cabello.

—Claro que no, tontorrón —dijo con voz emocionada—. ¡Estoy orgulloso de ti!

—¿Cómo me habéis encontrado? —quiso saber Izzie.

—Ha sido gracias a Mick —contestó el señor Izard—. No sé cómo, pero dedujo adónde te habían llevado. Se presentó aquí y te vio a través de una ventana.

—Ahora lo entiendo —dijo Izzie—. Seguro que era él quien daba esos golpecitos en el cristal.

—El caso es que vino a casa y me lo contó todo. Entonces llamé a la policía, y Mick nos guió a todos hasta este lugar. Está ahí fuera, en uno de los coches de la policía.

Izzie dejó a su padre y corrió a reunirse con su amigo.

Mucho más tarde, Izzie y su padre llevaron a Mick en coche a su casa desde la comisaría de policía.

—Tengo una buena noticia para que se la cuentes a tu madre —le dijo el señor Izard—. He conseguido reunir el dinero suficiente para reabrir los Estudios Kellerman.

—Estupendo —contestó Mick—. Eso quiere decir que con el señor Wheeler entre rejas por ser el jefe de la Banda del Disfraz...

—... ¡nadie va a derribar tu casa! —terminó de decir Izzie en su lugar.

—¡Caray! —exclamó Mick—. ¡Menudo día de suerte!



**KEN FOLLETT.** Escritor galés nacido en Cardiff el 5 de junio de 1949, Ken Follet es uno de los autores más vendidos y conocidos en los últimos 20 años. Fue criado en Londres, sus padres, cristianos devotos, le prohibieron ir al cine y ver la televisión, debido a lo cual desarrolló un temprano interés por la lectura. En 1967 ingresó en la University College of London, donde estudió filosofía y se implicó en movimientos de izquierdas. Se casó con su primera esposa, Mary, en 1968.

Tras licenciarse trabajó tanto en Gales como en Londres, en medios como el Evening News. Fue en esta época cuando comenzó a escribir la que sería su primera novela, *El ojo de la aguja* (1978), libro que resultaría todo un éxito a nivel internacional permitiéndole dedicarse por completo a su carrera literaria. La carrera literaria de Follett ha pasado por distintas fases.

La primera, y más distinguida fase comprende *La isla de las tormentas* y los cinco libros (cuatro libros de ficción y otro de no ficción) que le siguieron. Todas eran variaciones del suspense de espionaje clásico, dos agentes audaces y con recursos contra un enemigo numeroso y bien equipado.

La segunda fase de la carrera de Follett fue una salida consciente de la primera: una serie de cuatro novelas históricas escritas en los finales de la década de los 80 y principios de los 90. *Los pilares de la Tierra*, la primera de las cuatro, impuso el patrón a las tres que le siguieron. En oposición con las primeras obras de suspense de Follett, figuró un gran reparto, múltiples líneas argumentales, ocasionales explosiones

de violencia, y un uso extensivo del trasfondo histórico.

La tercera etapa comenzó a finales de los 90, con un par de libros situados firmemente en el presente y usando la alta tecnología como mecanismo argumental. *En la boca del dragón* se enfocaba en el uso potencial de terremotos como arma terrorista, y *El tercer gemelo* en los aspectos más oscuros de la biotecnología. Las dos novelas (aparentemente un intento de minar la misma vena de ficción que Michael Crichton) fueron relativamente poco exitosas. La crítica, así como muchos de sus lectores, encontraron superficiales a los personajes y el esfuerzo por suspender la incredulidad demasiado grande.

A menos que se produzca otro cambio radical en su producción literaria, la reputación de Follett probablemente descansará en sus primeras obras de suspense (especialmente en *La isla de las tormentas* y *La clave está en Rebeca*) y en *Los pilares de la Tierra*, que él mismo ha reconocido como su mejor trabajo hasta ahora.